



CRÓNICA DE LA
«CENA JOCOSA»
DE 2001



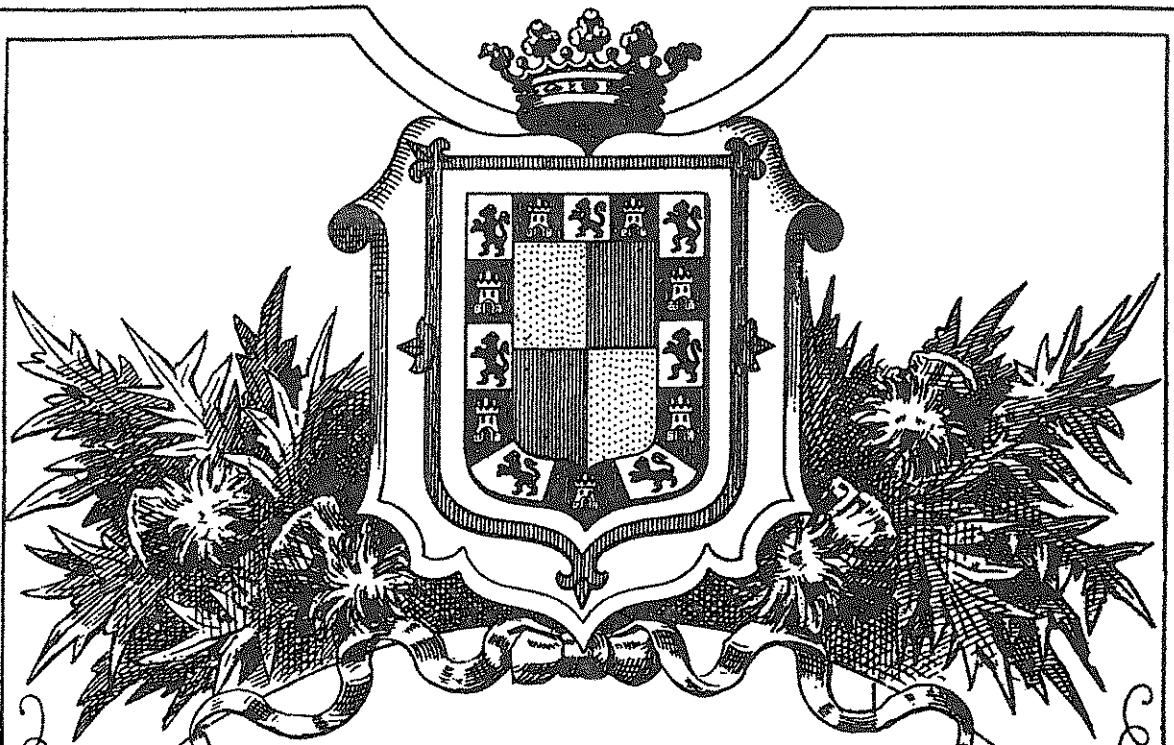
AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN



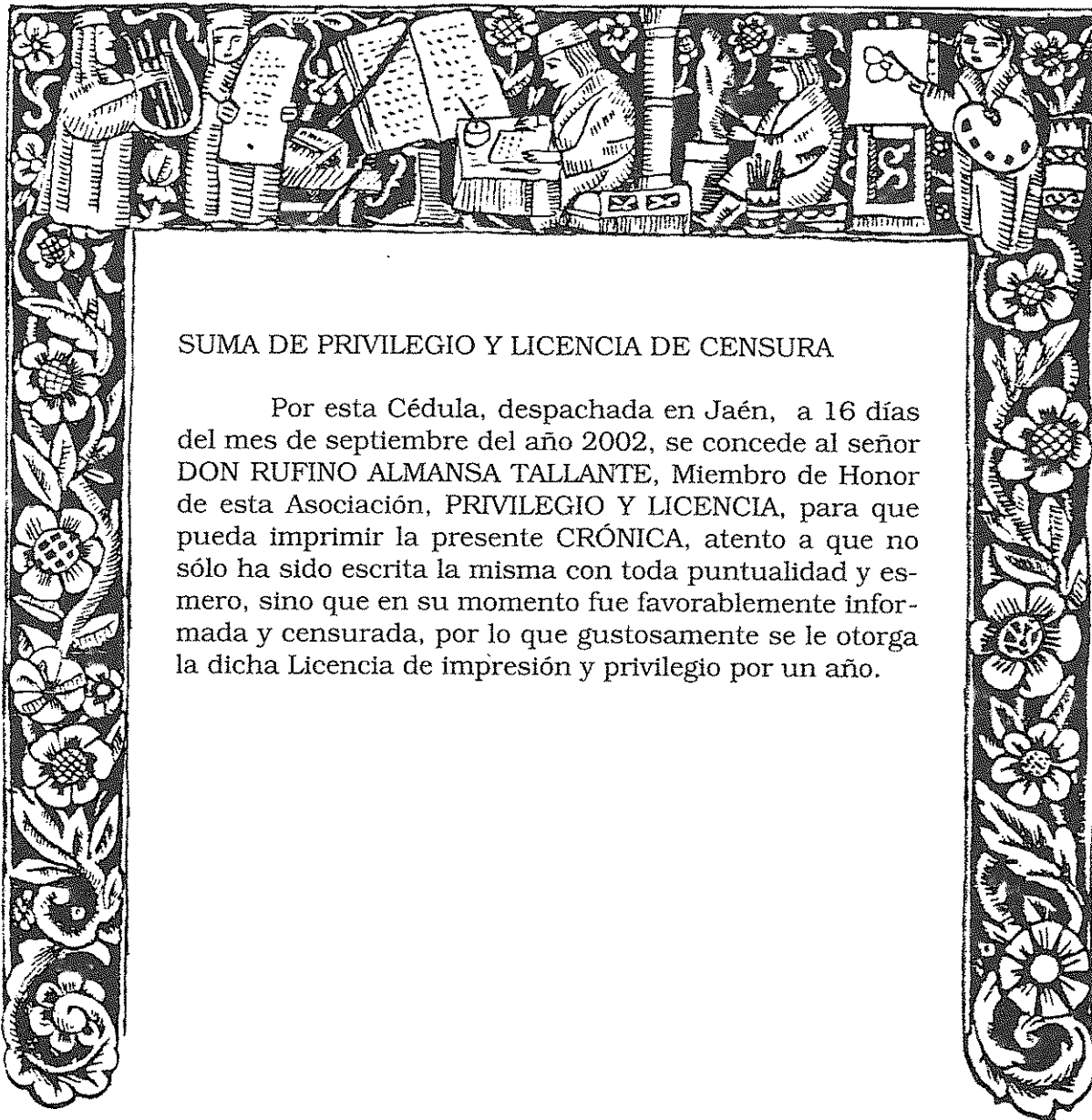
EJEMPLAR N.º 296

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Pérez



CRÓNICA
DE LA MUY FAMOSA CENA
QUE LA ASOCIACIÓN AMIGOS DE
SAN ANTÓN CELEBRÓ EN LA NOCHE
DEL DÍA UNO DE DICIEMBRE DEL AÑO
DOS MIL Y UNO EN EL PALACIO
DE LOS VÉLEZ, SEDE OFICIAL
DEL COLEGIO DE ARQUITECTOS
DE JAÉN

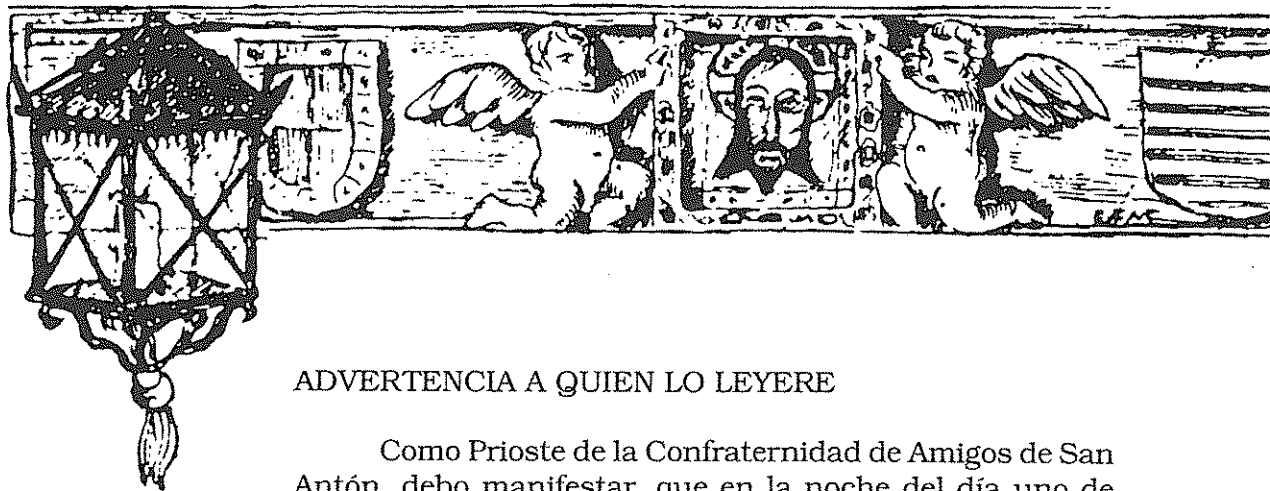


SUMA DE PRIVILEGIO Y LICENCIA DE CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a 16 días del mes de septiembre del año 2002, se concede al señor DON RUFINO ALMANSA TALLANTE, Miembro de Honor de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha Licencia de impresión y privilegio por un año.

SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en..... reales por página, lo que hacen..... reales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San antón», el día 2 de octubre de 2002.



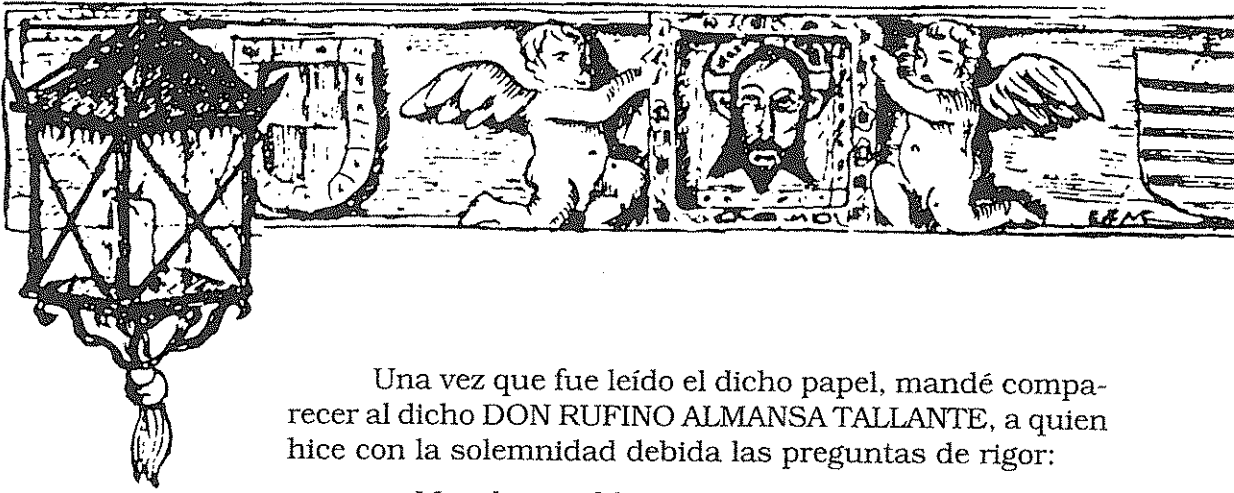
ADVERTENCIA A QUIEN LO LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día uno de Diciembre del año dos mil uno, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor en las estancias nobles del Palacio de Los Vélez, sede del Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén, leí cierto papel del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día dos de octubre del año 2001, entre otros acuerdos se tomó el siguiente:

Vistas y examinadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor, DON RUFINO ALMANSA TALLANTE, Miembro de Honor de la Asociación, se conviene por unanimidad que se le comunique el deseo de que sea el Cronista o Relator del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año 2001, y que ha de tener lugar en la noche del día 1 de Diciembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, a fin de que por ella se deje constancia a la posteridad.

Dado en Jaén a 29 de octubre de 2001.



Una vez que fue leído el dicho papel, mandé comparecer al dicho DON RUFINO ALMANSA TALLANTE, a quien hice con la solemnidad debida las preguntas de rigor:

— Muy honorable señor DON RUFINO ALMANSA TALLANTE, ¿Sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2001?

A lo cual atentamente respondió el referido DON RUFINO ALMANSA TALLANTE:

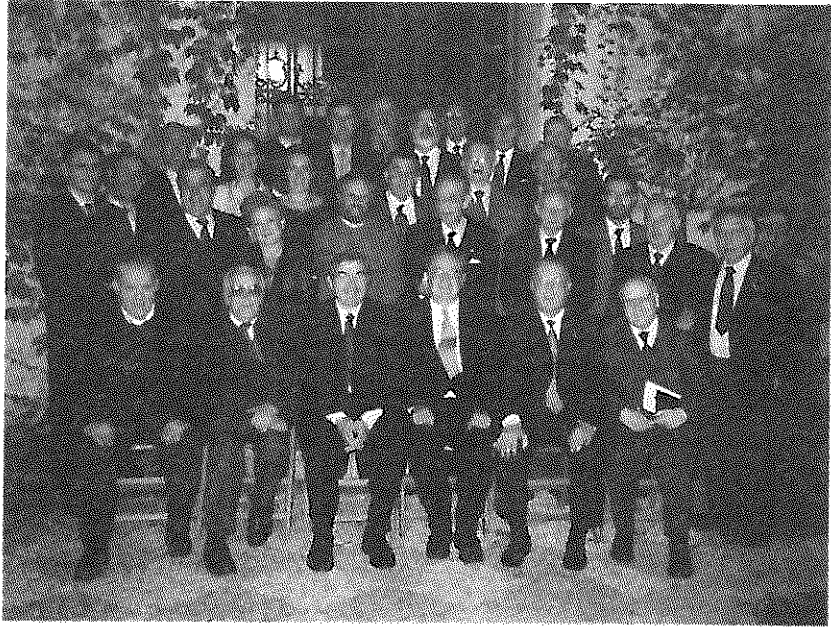
— Sí, lo soy.

A lo cual yo como Prioste manifestele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciendoos y exhortandoos a que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregandoos para ello el correspondiente recado de escribir.

Aceptó el dicho DON RUFINO ALMANSA TALLANTE el recado del mejor agrado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA:

Sentados: José Casañas Llagostera, Francisco Cerezo Moreno, Ignacio Ahumada Lara, Pedro Jiménez Cavallé, Pedro Casañas Llagostera y Rufino Almansa Tallante.

Primera fila: Ángel Aponte Marín, Manuel López Pérez, Fernando Lorite García, Pilar Sicilia de Miguel, Manuel Kayser Zapata, Antonio Martínez Lombardo, Luis Berges Roldán, Juan Cuevas Mata, Vicente Oya Rodríguez y Antonio Casañas Llagostera.

Segunda fila: José María Pardo Crespo, María José Sánchez Lozano, María Isabel Sancho Rodríguez, Miguel Calvo Morillo, Juan Higuera Maldonado y Francisco Cano Ramiro.

Última fila: Luis Carlos Mateos Peinado, Arturo Vargas Machuca Caballero, Juan Eslava Galán, Ángel Viedma Guzmán, Luis Coronas Tejada, Julio Puga Romero y Antonio Martos García.

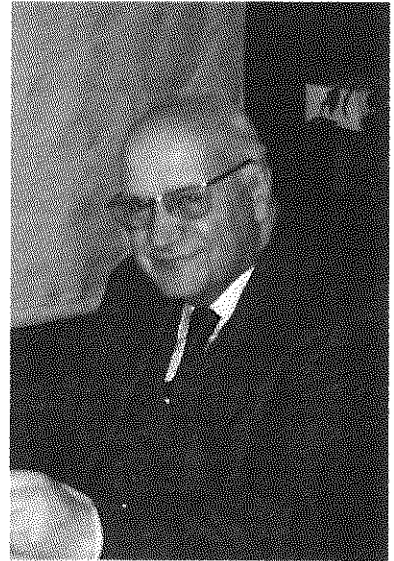


San Antón, talla del siglo XVII. Catedral de Oviedo.
(Foto cedida por D. Angel Luque Cañada).

Crónica de la Cena Jocosa del año del Señor dos mil uno

EL CRIADO PORTUGUÉS

Víspera de la solemnidad de Todos los Santos, densos nubarrones vienen de la parte de Quesada, amenazando tormenta, el fragor del trueno recorre los espacios y su eco se prolonga indefinidamente al chocar con la enorme mole petrea de la Peña de los Halcones, acabando en un sordo rumor, que se cierne luego sobre el pueblo; raudas culebrinas se dibujan en el lejano horizonte, iluminando a intervalos la estancia donde me encuentro; un recio vendaval sacude los álamos del cercano jardín, y los pajarillos amedrentados abandonan las frondas, buscando cada uno su bocateja. Los viandantes se apresuran comentando que las peores tormentas vienen de la Sierra de Quesada; allí se originó la que descargó sobre Cazorla, el 2 de junio de 1694, conocida como «el diluvio»: rompió a llover torrencialmente, creció el río Cerezuelo, arrastrando peñascos enormes; se obstruyó el ojo de la bóveda donde se apoya la gigantesca fábrica de la Iglesia Mayor, hizo presa el agua entre las dos sierras que sirven de cauce al río, alcanzando un nivel insospechado, que llegó a la altura misma de la cúpula y de las campanas de la torre; reventó la pared de la sacristía y, en el interior de la iglesia, el turbión de agua y piedras se alzó ocho varas sobre el pavimento, arrancó las puertas de sus quicios, y destrozó retablos, rejas, objetos de culto y obras de arte de incalculable valor, que sólo la plata importaba más de diez mil ducados, los sagrarios con el Santísimo Sacramento dentro fueron arrastrados por la tremenda avalancha de agua, sin que, hasta hoy se sepa su paradero y cincuenta sacerdotes seculares quedaron sin ornamentos con que poder celebrar misa. Única-



Rufino Almansa Tallante

mente se salvaron las imágenes de Ntra. Sra. de Gracia y la del Santo Cristo del Consuelo, «*que se sacó a otro día mojado hasta la mitad y herido de las piedras*». Las casas principales de la Plaza de Sta. María, el ayuntamiento, las carnicerías, el palacio del corregidor y la «*fuelle de la cadena*» quedaron destrozados. Más de quinientas personas quedaron sin lugar donde cobijarse y los muertos reconocidos fueron sesenta y cuatro, quedando muchos más sepultados bajo el lodo y las ruinas de los edificios.

Quizá el recuerdo de esta tragedia, que con tanto detalle nos describe Baltasar del Castillo, perdure en el temor ancestral que los cazorleños tienen a las tormentas y, de manera especial, a las que vienen de la serranía de Tíscar.

Me quedé absorto, contemplando desde mi ventana el grandioso espectáculo de luz y sonido que me brindaba la naturaleza, y, cuando volví en mí, me dí cuenta de que tenía el Breviario entre las manos, pues, como sacerdote que soy, y prior y cura propio de la Parroquia Mayor de Santo Domingo de Silos de La Iruela, me disponía a rezar el oficio de primeras Vísperas de Todos los Santos... Comencé y, no bien había recitado la primera estrofa del himno, cuando se oyó en lontananza el galopar de un caballo que, cada vez se percibía más cercano, hasta que vino a detenerse a las puertas de las casas de mi morada, aquellas casas que, en 1868, labró para sí, en la Calle de Amo, un antepasado mío, don Juan Giménez Quesada, clérigo importante, ordenado sacerdote a título de



La Iruela

patrimonio, natural de Úbeda, pero afincado en Cazorla, que pasó su dilatada existencia entregado a sus devociones y al cuidado de su hacienda, y fue el último capellán del monasterio de monjas agustinas recoletas de Cazorla. Apoyeme en el alféizar de la ventana y ví como se apeaba un gallardo mozo vestido a la valona y tocado con un birrete de terciopelo verde, rematado por un elegante airón, y cómo sujetaba, luego, la cabalgadura por las bridas en una de las argollas que, para el caso, hay en la fachada. Entrose en los portales con cierta desenvoltura, y se mandó anunciar como «*el Criado Portugués*».

Luego que estuvo en mi presencia, descubierta, hizo tres graciosas zalemas, agitando el birrete, y esperó mi licencia para hablar: dijo que venía de parte de su amo, el muy magnífico señor don Lope de Sosa, del que me traía expresiones y me besaba las manos muchas veces; y aproximándose, me alargó un pergamino enrollado, con guarnición de flocaduras rojas, sellado con las armas de don Lope; y, retrocediendo inició una profunda reverencia, sin darme la espalda y, seguidamente, hizo ademán de marcharse, sin siquiera detenerse a tomar algo que yantar, pues dijo que el tiempo apremiaba y eran muchos los caballeros que le quedaban por visitar y grandes las distancias por recorrer hasta llegar a la Villa y Corte de Madrid, donde había de presentar los respetos de su amo al muy honorable señor don León Herrera y Esteban, giennense de pro, descendiente de antigua e ilustre familia, Director General de Postas y Ministro que fue del Gobierno español. Y, dicho esto, solicitó nuevamente mi venia y partió, no sin antes suplicarme una oración por el éxito y feliz retorno de su arriesgado viaje.

EL PERGAMINO

De nuevo, sólo en mi aposento, examiné el pergamino que aún tenía en mis manos y leí en el sobrescrito: «*Al Muy Rvdo. Sr. Don Rufino Almansa Tallante, en Cazorla, capital del Adelantamiento de su nombre*», levanté los sellos y, abierto el pliego, quedé admirado de la pulcritud con que estaba escrito y de la hermosura de los caracteres góticos de su caligrafía, puestos en dos tintas; pero fue creciendo mi admiración cuando me enfrasqué en su lectura y quedé enterado del tenor y forma de su contenido, que es como sigue:



A vos, Amigo de señor San Antón, que de presente sois e que en adelante e por muchos años fuéredes, sabed que por este despacho de mi señor Don Lope de Sosa, soy aquí venido para vos mostrar e anunciar, el avercinamiento de la Cena Jocosu o Cena de Santa Catalina, memorable acontecer de cadañal e puntual memoria.

Confesome complacido, que a fe que hubo mucho contento e buena armonía en la Cena pasada, e que hubiera sido deleitoso hacerla hogaña en hacienda o casería de los pagos cercanos, mas como mi señor es de bondadosos sentimientos e crecido en caridades, siendo conoedor de que hay un Amigo de San Antón que anda de unos tiempos a esta parte, aquejado e doliente de ciertas reliquias e dolamas, «floreandole los uestecillos e chequezuelas de las rodillas», ha dispuesto lugar de menos andanzas e mayores comodidades, donde llevar a buen fin e con menos ajetreo, este tan aguardado ataecimiento del año dos mil uno.

Así pues ha de saber V. M., que oido que haya sido el toque de ánimas del sábado, día uno de diciembre que vendrá, en buenora e con diligencia, deberá estar concurrido en las estancias de la Colegiatura Legal de Alarifes de Jaén (Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén) Palacio de los Vélez, debido a la buena e deferente disposición mostrada en ello, por el honorable señor Decano de la dicha Institución, Don Arturo Vargas-Machuca Caballero e su Junta de Gobierno.

Díjome asimesmo mi señalado señor, que para un mejor desembarazo de asistencias e mayor disfrute de la Cena, haga presta prevención en su cotidiano quehacer, que grande enojo e desasosiego le causaría vuestra ausencia, e de la misma manera, sea V. M. de un parco yantar en los antedias, a fin de dar la buena nota que le acredita ante mesa e mantel, que con tanto agrado e placimiento adereza e dispone, el Maestre de Hostelería, muy ilustre señor Don Antonio Molina Fernández.

Entrego a V. M. este recado de aviso e recordación, pasadas que son las fiestas del señor San Lucas, deste año que cuenta dos mil e uno de nuestra Era.

El Criado Portugués.

Luego que estuve enterado del contenido de tan importante misiva, me quedé pensativo, pues era necesario corresponder dignamente a semejante honor y, a pesar del mal tiempo y de las incomodidades que lleva consigo un largo viaje, determiné ordenar todos mis asuntos de manera que, en su momento, pudiera estar libre para desplazarme a Jaén sin embarazo alguno. Y hecha esta determinación, santiguándome, reanudé el rezo del Breviario, que ya había comenzado.

UN MES DE PACIENTE ESPERA

El mes de «difuntos» o, por mejor decir, de «*Todos los Santos*», discurría en Cazorla en medio de un ambiente lúgubre, rememorando a los que ya se fueron; y pasaban los días en un constante ir y venir al camposanto, las damas principales envueltas en ampulosos crespones, llevando muchas veces de la mano niños pequeños tocados con enormes lazos negros, y acompañadas por una doncella que portaba los correspondientes paquetes de cera y una ostentosa corona de plumas teñidas de negro, entre las que ponían la nota dominante grandes pensamientos, lirios de raso morado y pequeños ramilletes de discretas florecillas rosadas y blancas. Las mujeres de clase humilde, en cambio, nada de afectación, su atuendo era un pañuelo de seda negro en la cabeza y



Cazorla

toquilla de pelo de cabra, caminaban en grupos y, en pequeños cestos de palma, llevaban un bote con aceite y una cazolilla de barro de «Graná» para las mariposas y, cubriendo este sencillo bagaje, un ramo de clavellones, adornos, moco de pavo y aromática hierba luisa, todo criado con esmero, para sus difuntos, en los breves jardincillos de las placetas de sus propias huertas.

Durante la novena de Ánimas, las iglesias eran un hervidero de gente; el rumor de los rezos ascendía hasta las bóvedas en espiral con el humo de los cirios y se respiraba por doquier una atmósfera tibia y espesa. La parafernalia barroca de la lutúrgia funeraria, las consideraciones de las penas del purgatorio, los lastimeros cánticos, los responsos, la aspersión con agua bendita y el incienso, en torno a los suntuosos catafalcos cubiertos de pesados paños de terciopelo negro con anchos galones y borlas de oro, y rodeados de enormes hachones de cera, constituían un atractivo irresistible para los fieles y un gran consuelo ante la separación de los seres queridos.

Pero también privadamente se vivía el culto a los difuntos y se rezaban oraciones, a veces poco ortodoxas, rayanas en lo supersticioso. Y en los barrios de la periferia, se reunían las vecinas en el domicilio del último difunto, para encomendar su alma a Dios, y, mientras iban acudiendo, en voz baja, por respeto a los dolientes, se ponían al corriente, las unas a las otras, de los acontecimientos ocurridos en el pueblo desde el día anterior y de los chismes que corrían de boca en boca, dando por cierto, en muchas ocasiones, sin escrúpulo alguno, lo que no eran más que habladurías. Llegado el momento, la «rezaora» de turno extraía de su faltriquera un mugriento cuadernillo, recosido por el lomo, y, con cierta prosopopeya y aire de pitonisa, comenzaba sus disparatadas oraciones:

*«Dulcísimo Rey clemente,
oid, Señor, mi petición,
sacadlas del fuego ardiente
as almas que hay en prisión,
en la carcer penitente.*

*¡Oh Señor, dadles perdón!,
¡Aplacad su pena y llanto
y haced que salgan de un vuelo
a cantar el Santo, Santo,
en el Reino de los cielos!»*

Al comienzo de cada «diez» del rosario se rezaba un Padrenuestro con sus correspondientes «santificados» y «venganos en tu reino», luego, se pasaban las cuentas de las «diostesalvemarias», repitiendo a dos coros:

— *Juntas, juntas esteis*
— *Juntas todas por mi rogueis.*

Terminados los cinco misterios la directora del rezo continuaba:

«*Ofrecimiento*:
«*Virgen del Carmen bendita,*
en virtud de este rosario,
al Rey clemente rezado,
sacareis del purgatorio
el alma de este (a) finado (a),
perdonando los pecados
que en su vida acometió,
se lo llevaréis al cielo
a gozar con el Señor».

«*De gloria y descanso le sirva. Amén*».

Seguidamente, la «*rezaora*», con empaque de doctora y voz aguar-
dentosa, explicaba el poder de esta oración para sacar infinitas almas
del purgatorio, y las muchas «*indulgencias*» que tenía concedidas por
famosos obispos y padres santos, que sumaban tantos días, que era
imposible que el difunto estuviese en pena un solo instante, si la oración
le alcanzaba.



Mediado el mes de noviembre, un humillo acompañado de cierto
olor característico que, por su grosura, casi se masticaba, impregnó las
calles del pueblo. Otra muerte comenzó a celebrarse, que no a llorarse:
la muerte del cochino, en la que, según reza el refrán castellano, «*todos*
están conformes». El pueblo cobró nueva vida, los vecinos ya no camina-
ban taciturnos; era un trajín constante, las mozas iban, de un lado para
otro, llevando calderas de cobre relucientes como el oro y lebrillos apoya-
dos en la cadera, y los mozos portaban grandes artesas de pino, de una
sola pieza, para proceder, luego, a pelar al cerdo con agua hirviendo y
cuchillos bien afilados. Y, de madrugada, se daban cita matarifes y ma-
tanceras y, después de «*atar el gusanillo*» con una copa de anís carraspe-
ño, procedían al sacrificio del animal en presencia de toda la familia,
pues hasta los niños pequeños tomaban parte en el rito, moviendo la
cola del cerdo «*para que diera toda la sangre*». Y la bota con buen vino de
esparteña corría de mano en mano y de boca en boca, y se gastaban
bromas, y se contaban chistes atrevidos, mientras se degustaba el ajo de
morcilla o la masa de chorizo. Y la señora de la casa preparaba los «*pre-*
sentes», para enviar a familiares y amigos. Todo se realizaba conforme a

las normas de un ritual ancestral, que no estaba escrito en ninguna parte, pero que se repetía año tras año, sin variar un ápice.

LOS PREPARATIVOS DEL VIAJE

Pasé los días que precedieron al viaje, afanado en los preparativos, pues no quería que faltase nada a la hora de la marcha. Mi tridentina ama de llaves sacó, para que se airearan, mi sotana y mi manteo nuevos, de cachemir, que estaban guardados en el fondo del arca grande, entre olorosos membrillos y ramos de espliego, laurel y mejorana, y un balandrán para el camino, calcetines morados y la teja de pelo de castor, que, tiempo ha, compré por diez reales en la acreditada «Sombrería Cámara», de la Calle Campanas de Jaén, frente a la catedral, lugar de plácida reunión de canónigos y beneficiados en los intermedios de las horas canónicas. Y mis zapatos acharolados con grandes hebillas de plata, como corresponde a mi dignidad de Prior y Cura propio de las parroquiales de Santo Domingo de Silos de La Iruela, segunda villa en categoría del Adelantamiento de Cazorla, que en lo eclesiástico tiene bajo su jurisdicción cinco iglesias y otras tantas ermitas rurales, con un cabildo compuesto por once clérigos de misa.

UN VIAJE PLAGADO DE ANACRONISMOS

Al rayar el alba del día de San Andrés, un brusco ruido de carruaje y un alegre tintineo de cascabeles acabado por un prolongado ¡sooo...!, a la puerta de mi casa, me anunciaba que había llegado el momento de partir para la capital del Santo Reino. El cochero urgía a unos y otros a que trajesen la impedimenta, pues eran muchas las leguas que nos separaban de Jaén y era menester llegar antes de que se cerrara la noche. Subieron a la baca del coche las maletas y dos garrafas de tres cuartillos cada una, de vino artesanal, elaborado en mi propio lagar con uva de las viñas heredadas de mi abuelo, en el sitio de la Colonia, linderas al pago y ermita de San Bartolomé de los Ballesteros. Luego que estuvo todo bien sujeto con cuerdas, lo cubrieron con una lona impermeabilizada, para prevenir del polvo y, especialmente de la lluvia, tan frecuente en estos últimos días otoñales. En el interior del coche, junto a mí, colocaron la sombrerera de cuero, un paraguas y dos cestas de tapadera con diversas frutas de satén: empanadillas de cabello de ángel, roscos de gachamiga y de huevo, y borrachuelos, exquisitamente preparados por mí «tridentina».

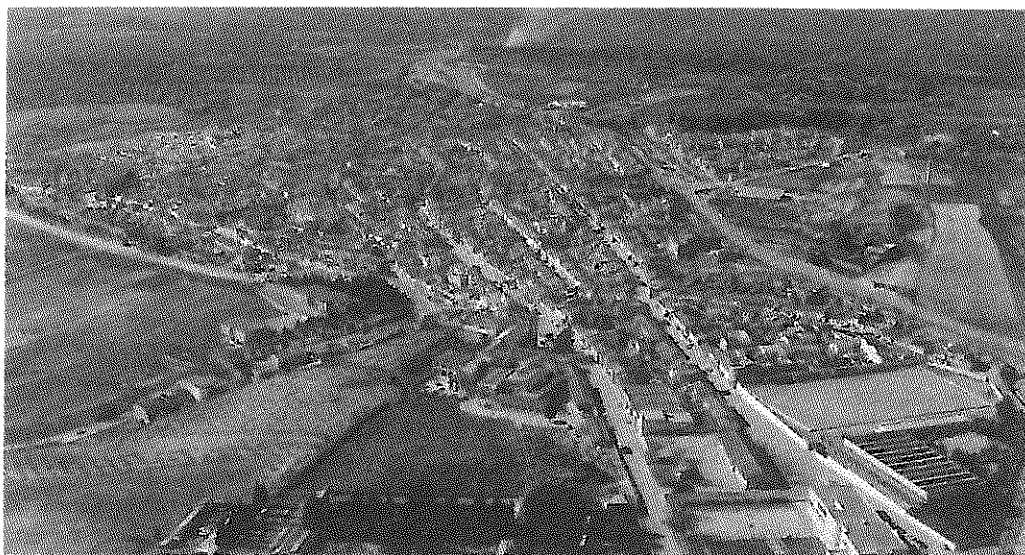
Antes de partir, recé un avemaría ante el antiguo lienzo de Ntra. Sra. de Belén, que, siguiendo la tradición familiar, venero con gran devoción en una hornacina de los portales de mi casa y mandé que cuidaran que la lamparilla, que arde ante la imagen, estuviese siempre encendida. Seguidamente subí al coche, que ya los caballos mostraban su impaciencia con relinchos y pequeñas patadas en el suelo, que hacían saltar chispas de las piedras.

Acomodose el cochero en el pescante y, sin otra señal que crujir el látigo al aire, los caballos se pusieron en marcha, dejando atrás en un instante el puente de la Tejera, y, tomando la Cuesta de la Narra abajo, pronto nos encontramos frente a los batanes y las tenerías del Cubo; rodeamos las tapias del antiguo cementerio y ermita de Santa Lucía, y tomamos el camino de los Pegujales, vulgarmente, de «*la Pioja*», bordeando siempre la orilla derecha del río Cerezuelo, fuimos pasando la Huerta Larga, el Molino de las Rejas, la ermita de Ntra. Sra. de las Nieves y San Blas de Nubla, y nos adentramos en la hermosa vega, regada por el Cañamares; estaba cubierta por un impresionante manto de escarcha, cuyos cristales centelleaban en un flujo y reflujo de mil cambiantes colores a la todavía incierta luz de la mañana.

Sentí como mis miembros se entumecían, me arrebujé en mi manta de viaje y entorné los ojos, quedándome profundamente dormido. Al vadear el Guadalquivir, tuve un «*memento*» por el Bachiller don Juan María de Ochoa, cura propio que fue de la aldea de El Molar de Cazorla, natural de Cambil, que, el 16 de julio de 1824, al cruzar con una caballería por este mismo lugar, fue arrollado por un torbellino de agua y estuvo sumergido veintitres horas en lo profundo del río. Con este recuerdo en la mente y la oración en los labios, de manera insensible, caí nuevamente en brazos de Morfeo.

LOS ERMITAÑOS DE TORREPEROGIL

Un violento balanceo del coche me hizo despertar sobresaltado. Nos encontrábamos a las puertas del santuario de Ntra. Señora de la Misericordia de La Torre de Pero Gil, las caballerías se habían espantado al ver a los ermitaños que allí moran, ante la cruz del humilladero, con la espalda desnuda, diciplinándose públicamente, mientras rezaban semitonado el salmo «*Miserere*». La pericia del cochero nos libró de un desagradable accidente. Cuando acabaron sus penitencias, los ermitaños se acercaron a saludarme, besando mi mano reverentemente. El hermano mayor me dijo que durante algún tiempo había formado parte de la



Torreperogil

comunidad de ermitaños del yermo de Ntra. Sra. de Montesión de Cazorla, y recordaba con nostalgia los felices días pasados en aquel incomparable eremitorio, siendo superior el hermano Pedro de Cristo, buen pintor, que decoró las bóvedas de la iglesia con devotos cuadros de la vida de San Francisco de Asís. Se interesó luego por la salud del hermano Jacob de la Santísima Trinidad, a quién tuvo la dicha de conocer, y le di cuenta de su reciente fallecimiento, que hacía como unos dos meses que le habíamos enterrado con gran concurso de pueblo y clero, pues había muerto en opinión de santo y los fieles se llevaron a trozos, como reliquia, el pobre hábito de sayal con que estaba amortajado, siendo preciso cubrir las descarnadas tibias del finado con un rico paño de brocado, que enviaron las religiosas de Santa Clara del monasterio de San Juan de la Penitencia.

Le informé, asimismo de como el hermano Jacob había dejado en favor del Hospital del Corpus Christi y Santa Casa de Niños Expósitos de Cazorla toda la fortuna que poseía en bienes raíces: casas, tierras calmas, huertas y viñedos, y los considerables caudales granjeados en los comercios que tuvo en Indias, antes de ser ermitaño, de los que ya se habían cobrado más de quince mil reales, con lo que se renovarían el hospital y mejorarían sus servicios, ampliando el número de sus camas y aumentando también el número de religiosos de la comunidad Hospitalarios del Divino Pastor, que asiste a los enfermos.

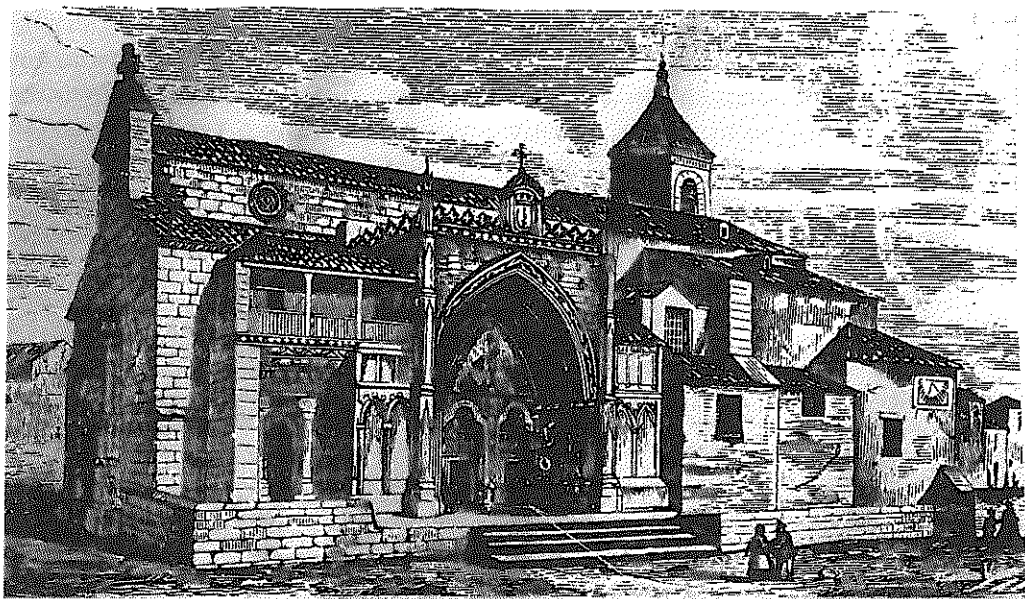
Vinieron los ermitaños a obsequiarnos con una jarra de leche de cabra recién ordeñada y una hogaza de pan moreno, aceptó el cochero, y

yo agradecí la fineza, pues aún no había celebrado misa y debía permanecer en ayunas. Les dejé una muy cumplida limosna y reanudamos nuestro camino. Atravesamos el pueblo perseguidos por las inquirientes miradas de algunos curiosos y, muy pronto, dejamos a nuestras espaldas el sitio y ermita de San Bartolomé y el famoso santuario de Ntra. Sra. del Campo, que tantos labradores devotos tiene en Cazorla, que hasta en sus testamentos disponen mandas y fundaciones de misas en su honor.

ÚBEDA, UN ALTO EN EL CAMINO

En menos que se piensa, se vislumbraban ya las cúpulas de la Sacra Capilla del Salvador y estábamos adentrándonos por el complicado laberinto de callejas moriscas de la ciudad de Úbeda. La Plaza Olleiros, en el barrio del gremio de alfareros, estaba cuajada de tenderetes ofreciendo las manufacturas derivadas de la artesanía del barro, alcanzando algunas de aquellas cerámicas valor de verdaderas obras de arte. Subimos la cuesta de la Merced y penetramos en el recinto amurallado por la puerta del Losar o del Rosal, que de las dos formas se llama, hasta llegar a la Plaza del Mercado, donde se encuentra la iglesia de San Pablo, con la gótica fachada que, a comienzos del siglo XVI, mandó construir el obispo, D. Alonso Suarez de la Fuente y del Sauce; de allí, por el Callejón de los Toros, llegamos a la recoleta Plaza del Carmen, presidida por la moderna iglesia de San Miguel del convento de los descalzos, y delimitada por la casa de los González de Aguilar, a la izquierda, y el oratorio de San Juan de La Cruz, a la derecha. Ya en la portería del convento, me hice anunciar al prior, Padre Pedro del Niño Jesús, con quién yo mantenía una leal amistad, porque, en la persecución religiosa del año treinta y seis, si bien se libró de la muerte milagrosamente, estuvo preso en la catedral de Jaén con mis tíos Cristóbal y José Tallante Martínez, que, trasladados en la expedición del «tren de la muerte», fueron asesinados en Vallecas junto al obispo mártir de Jaén, D. Manuel Basulto Jiménez.

Celebré la santa misa en la misma habitación en que San Juan de la Cruz estuvo enfermo y de la que pasó a «cantar maitines al cielo», ante sus reliquias y sobre la mesa en que estuvo expuesto de cuerpo presente, y me asistió como acólito Fray Bartolomé de Sabiote, por quien mi padre sentía gran veneración; era un hombre sencillo, ya en edad madura, entró en el convento e hizo su profesión solemne como carmelita descalzo. Sus superiores le encargaron de la cuestación, pues, en aquellos años de postguerra, la comunidad no podía subsistir sin las limosnas de los fieles. En los veranos, cuando las mieses estaban en las eras, Fray Bartolomé pasaba implorando un puñado de grano para los jóvenes no-



Úbeda. (San Pablo)

vicios. Labraba por entonces mi padre el cortijo de El Solanar, en Sabiote, propiedad de mis abuelos maternos, y, de los primeros terrazgos que recogía, apartaba siempre una porción para el humilde frailecico.

Acabada la misa sonaron las campanadas del «*Angelus*» y pasamos al refectorio; en el testero frontal, presidía una cruz de madera desnuda y, en la mesa del superior, a la que fui invitado, sobre un plato de barro, había una calavera. Después de la bendición, el lector de turno leyó el *Martirologio* y el Prior, en honor a la visita, dió licencia para hablar. Sobre tableros sin mantel, en escudillas y con cucharas de madera comimos el austero potaje carmelitano y como postre tomamos unas castañas asadas, para que pudieran pelarse mejor. Llegó la hora de despedirnos y ordené al cochero traer una de las garrafas de vino, que dejé a los frailes, como oblata para la misa, y una cesta de dulces, que, según dijo el P. Pedro, no probarían hasta el día de la Concebida, en que se levantaban el ayuno y las penitencias de Adviento, por ser solemnidad.

De nuevo en marcha, ya camino de Baeza, quedaron atrás, a la derecha, la serena fachada del Hospital de Santiago, que fundara el obispo D. Diego de los Cobos y Molina, para enfermos de bubas «*y no de otro mal*», y, a la izquierda, el monasterio de San Nicasio de monjas de Santa Clara, donde se venera la famosa imagen de Cristo crucificado, que D. Arnaldo de Ortega, dignidad de chantre de la catedral de Málaga, regaló a la comunidad, mediante escritura otorgada el 8 de septiembre de 1552. Ya fuera de la ciudad, los caballos fustigados por los crujidos del látigo,

corrían a galope tendido, y los olivos parecían retroceder, dejándonos paso franco.

LAS MONJAS DE LLAGAS

Entramos en Baeza por la Puerta de Úbeda y, tomando la Calle del Sacramento, nos dirigimos al barrio de la catedral; nos detuvimos en el palacio de los Rubín de Ceballos, para saludar a mi compañero de bachiller, José M.^a Sanjuan Rubín de Ceballos y, sin demora, nos encaminamos al monasterio de Santa Catalina, donde es profesa una ilustre paisana mía, descendiente de antigua e hidalga familia, Sor María Gomersinda del Patrocinio Barrutia, para la que me había entregado, en Cazorla, algunos dineros su sobrino y administrador, Don Celso Barrutia y Bedmar. Salió la religiosa al locutorio, acompañada por la Abadesa, al llegar a la doble reja se alzaron el velo, que traían echado y, tras los saludos y recuerdos de rigor y dar cumplimiento al negocio que me habían encomendado, hablamos distendidamente, lo que me dió pie para preguntar por el paradero de Sor María de los Dolores del Patrocinio y Quiroga, la tan controvertida como enigmática «*Monja de las llagas*», amiga y consejera de los reyes, que considerándola un peligro en la corte e interpretando «*la voluntad nacional*», fue condenada a injusto destierro y confinada a este monasterio de Sta. Catalina de Baeza, a donde arribó, el día 3 de abril de 1855. Le acompañaba el Rvdo. P. Fray Faustino de Losa, que falleció al poco tiempo, afectado por la epidemia de cólera, que asolaba la ciudad.

Me comunicaron que, en la actualidad, la Madre Patrocinio se encontraba en un convento de Guadalajara y que sus virtudes, don de profecía y milagros, corrían de boca en boca por toda España. Me dijeron, asimismo, que cuando llegó a esta casa, venía tan quebrantada del viaje y por los extraños males que le aquejaban, que le dispu-



Baeza

sieron celda en la enfermería y, a pesar de la pobreza de la comunidad, le trataron siempre con todo regalo, aunque sin traspasar la austeridad de la Regla. Con anterioridad, arreglaron los caminos de la huerta, allanándolos, a fin de que la religiosa pudiera pasear sin dificultad. Me contaron también las monjas que, los viernes, para que los golpes del yunque no aumentaran los dolores que Sor Patrocinio sufría en las llagas que llevaba impresas, pagaban el jornal a un herrero que tenía la fragua contigua al monasterio, y ese día no trabajaba. Mi paisana, por su parte, me confesó que el trato con la «*Monja de las llagas*» le hizo tanto bien en el orden espiritual y le infundió tanta paz y gozo interior, que, cuando hizo su profesión solemne, tomó como tercer nombre el de Patrocinio, en memoria de tan santa mujer. Me despedí de las religiosas con la promesa de volver a mi regreso, ya sin prisas, pues el tiempo apremiaba y era necesario llegar a Jaén antes de que se cerrara la noche.

Salimos por la Puerta de Jaén y Arco de Villalar, y, como a unas dos leguas de Baeza, cruzamos por segunda vez el Guadalquivir, ahora no vadeándolo, sino pasando sobre la hermosa puente que, a sus expensas, mandara construir el Iltmo. D. Alonso Suárez de la Fuente y del Sauce, y, cumpliendo la voluntad del prelado, nos detuvimos en la pequeña capilla para saludar a la Virgen con las palabras del arcángel San Gabriel, pagando así el correspondiente peaje. En un abrir y cerrar de ojos, nos situamos en la hacienda de Gil de Olid, o Gil Bayle de Cabrera, aquel presuntuoso caballero que tenía su palacio lindero a la fachada principal de la catedral de Baeza, y que, en su engreimiento, colocó en la puerta de su cortijo aquel insultante cartel, que parecía desafiar el poder de Dios y la impotencia de los hombres, que rezaba así: «*De río a río todo es mío, y es tanto mi poderío, que no moriré de hambre, de sed, ni de frío*». Y cuenta la leyenda que estando cazando en una montería, con clamor de perros y de cuernas, tuvo la mala fortuna de caer en una profunda sima, de donde no le sacaron sino muerto, allí pereció «*de hambre, de sed y de frío*».

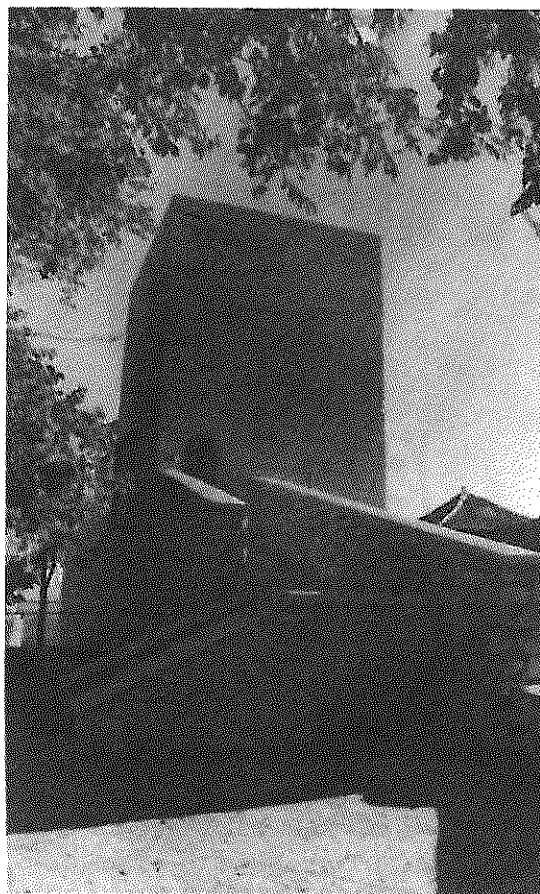
De un tirón recorrimos las escasas leguas que nos separaban de La Manchuela, donde San Juan de la Cruz, en 1586, con la ayuda del Arcediano de Úbeda, Don Juan de Ocón y del Concejo de la villa, fundó su convento de descalzos. Pasamos bordeando las murallas de su huerta, bastante cansados y deseosos de alcanzar la capital de Santo Reino, cuyo alcázar ya se divisaba coronando la ciudad, y fuimos dejando en lontananza los montes de Aznaitín y Mágina y las blancas villas de sus comarcas recostadas y como dormidas en el halda de sus sierras, y La Guardia, más cercana, como saludándonos desde la altiva torre de su formidable castillo.

FINALMENTE, JAÉN

Llegamos a Jaén e hicimos nuestra entrada por el Portillo de San Jerónimo, cuando los faroleros estaban encendiendo el alumbrado público, que, más que luz, proyectaba sombras capaces de amedrentar a los viandantes, que, envueltos en sus capas, calados los amplios sombreros y la mano puesta en el pomo de la espada, se apresuraban a recogerse. Tomamos el camino de la Alcantarilla y vinimos a salir a la Senda de los Huertos, encontrándonos muy pronto a las puertas del convento de Santa Ana; luego, por la Carrera de Jesús abajo, llegamos a la altura del Torreón del Conde de Torralba y, torciendo a la derecha, comenzamos a descender, bordeando las tapias del Monasterio de las Descalzas, hasta la Calle del Pozo, donde había de hospedarme, en las casas principales de mi querido amigo, el Muy Ilstre. Sr. D. José Casañas Llagostera, Canónigo de la S. I. Catedral y Mayor-domo que fue del erario diocesano, con quien me une una leal amistad desde muchos años atrás, cuando yo era Tesorero-Pagador del clero de este Obispado de Jaén.

Aunque el bueno de D. José se caracteriza por su temperamento tranquilo, ya se mostraba impaciente por nuestra tardanza, que, cuando cae la noche, los caminos e, incluso, las calles mismas de la ciudad se tornan inseguros con la presencia de rufianes y gente de baja estofa.

Tras los saludos y preguntas de cortesía, me condujo a mi aposento: una hermosa alcoba convenientemente amueblada a la antigua usanza española, en cuyo centro ardía un gran brasero de cobre, que, al tiempo que mitigaba el frío, servía de pebetero donde habían quemado flor de espliego y otras hierbas olorosas para perfumar el ambiente. Pasados unos minutos, me avisaron que la mesa estaba servida. El comedor era una espaciosa estancia, mitad cocina, mitad salón, desde cuyos balcones se divisaba el Barranco de los Escuderos.



Torreón de Torralba

En vajilla de loza fina de la Cartuja, decorada con paisajes en negro, tomamos una frugal cena de viernes: Sopa de ajo, merluza en salsa de almendras y arroz con leche; en la sobremesa, una copa de anís «*El Castillo*» de las destilerías «*Tirado*» de Jaén y exquisitas yemas de Sta. Úrsula. Charlamos un rato y, cuando pasó un tiempo prudente, pedí licencia para retirarme a descansar, pues estaba molido del traqueteo del coche, accedió gustoso mi amigo, y deseándonos buena noche, nos dirigimos a nuestros respectivos aposentos.

Encendí la lamparilla, que había en la mesita de noche y me dí cuenta de que se habían llevado el brasero, pero la habitación estaba suficientemente caldeada. Un poco somnoliento recé Completas, y, al meterme entre las sábanas, experimenté cierta sensación agradable, no estaban frías, que las habían calentado con un calentador de mano. En aquella cama de triple colchón de lana, que, tenía, además, por edredón, una hermosa zalea de piel de carnero, cada uno de mis doloridos huesos encontró su lugar y, colocado así, quedé sumido en plácido y profundo sueño. Antes del alba, un alegre repicar de campanas me despertó, eran las del monasterio de «*las descalzas*», tocaban a Laudes; seguidamente se oyeron las de Sta. Ana y a ellas se sumaron, en jubiloso pugilato, las de los restantes conventos de la ciudad.

MIS ENCUENTROS CON LOS AMIGOS

Aún no era nítida la luz del día, cuando me encaminé al convento de la Concepción de monjas dominicas de la calle Ancha, donde era capellán D. Blas Moreno Cobaleda, beneficiado de la S. I. Catedral, y confesor que fue del Seminario Conciliar, en mis tiempos de estudiante; era un hombre de Dios, siempre contento, afable, campechano y con un gran sentido práctico de la vida. La sencilla iglesia conventual relucía de limpia y el camarín de la Virgen, por su novena, que ya había comenzado, estaba pletórico de vaporosas nubes de tul con reflejos plateados, entre las que asomaban lindas cabezotas de rubios querubines y angelotes de cartón portando palmas y varas de azucenas artificiales en sus diminutas y regordetas manos. Celebré la santa misa en el altar mayor y, luego, pasamos al locutorio; era una pieza cuadrangular, amplia, pero no excesivamente grande, de alto techo artesonado y pavimento de ladrillo, formando espiga. En el testero principal, la doble reja que separa a las religiosas de los visitantes y, sobre ella, un mediano crucifijo. En los desnudos paramentos, un pequeño torno y dos cuadros con litografías populares, una de Ntra. Sra. del Rosario y otra representando a Sto. Domingo de Guzmán, enmarcadas con molduras doradas. En el centro,

una mesa de nogal con herrajes y dos sillones fraileros; la mesa estaba dispuesta con mantel, tazas, un frutero y dos cubiertos. Las monjas, luego que nos saludaron, se retiraron, dejándonos en el torno un succulentos desayuno: chocolate, leche, café y una torre de dorados picatostes. El desayuno discurrió en agradable conversación con Don Blas, que me puso al tanto de las últimas noticias del mundillo clerical.

Dediqué la mañana a gestinar diversos asuntos burocráticos, que tenía pendientes en la ciudad y a visitar amigos y conocidos, entre ellos, el célebre profesor de música de la Escuela Normal del Magisterio, Don Alfredo Ruiz Guerrero, para quien traía un obsequio de su familia de Cazorla; el pintor Tamayo, que estaba dando las últimas pinceladas al retrato del Dr. Romero Mengíbar, obispo de Jaén y, más tarde, arzobispo de Valladolid, que me llevó consigo a la capital castellana, como capellán y secretario particular, permaneciendo a su servicio hasta su muerte; tocándome, luego, en suerte llevar el expresado retrato, desde Jaén hasta la ciudad del Pisuerga, donde quedó expuesto en la galería episcopal de su catedral metropolitana. Visité, asimismo, en su estudio, a Don Francisco Cerezo, que, por encargo mío, había realizado un lienzo de Sta. Teresa, copia de otro de Velázquez, y quería verlo terminado, y, si era posible, llevarlo conmigo a mi regreso a Cazorla, pues tiempo atrás dejé vacante el lugar que había de ocupar en mi despacho particular.

Por la tarde, a una hora prudente, salí a ver al venerable sacerdote que me bautizó, por quien yo siento especial afecto, Don Manuel Alejo Vallejo, beneficiado de la S. I. Catedral, que, al no tener familia cercana en Jaén, residía en el «*Hotel Central*», cercano a la Plaza de las Palmeras; entre otros cargos, había sido coadjutor de la parroquia de Cazorla y, durante muchos años, párroco de Quesada, donde llevó a cabo una encomiable labor pastoral, finalmente, el obispo Romero Mengíbar quiso premiarle trayéndole a Jaén. Se alegró Don Manuel al verme, y rememoró con el rostro iluminado sus primeros pasos como sacerdote, y la multitudinaria peregrinación que organizó de Quesada a Cazorla, para venerar al Cristo del Consuelo. De manera especial, se detuvo recordando la apoteósica coronación canónica de la Virgen de Tíscar, patrona de Quesada, en la que actuó como legado pontificio el Dr. Don Enrique Pla y Deniel, Cardenal Arzobispo de Toledo, y cantó las glorias de María en una bellísima oración sagrada, el flamante obispo de Jaén, Don Félix Romero Mengíbar, arriba mencionado. Fue un digno broche de oro a la jurisdicción de la archidiócesis primada sobre aquellas tierras del antiguo Adelantamiento de Cazorla, que por donación de Fernando III el Santo, habían estado vinculadas a Santa María de Toledo, tanto en el fuero civil como en el eclesiástico, durante más de setecientos años. «*Este día de la coronación de la Virgen, junto con el de mi ordenación sacerdotal,*

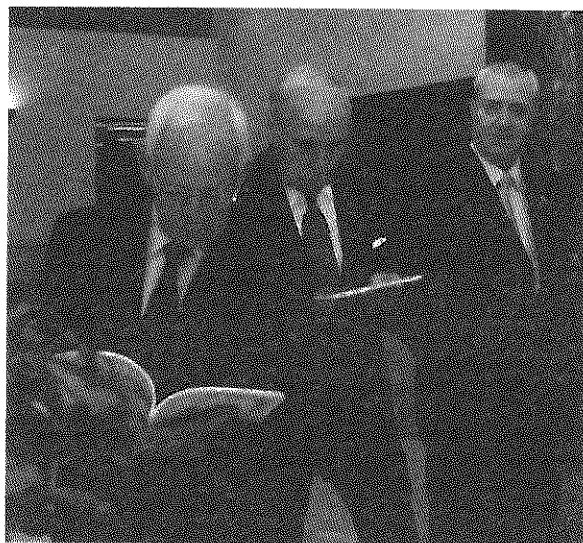
han sido los más felices de mi vida», me decía el bueno de Don Manuel. Me despedí con el corazón roto por este ejemplar sacerdote, que tanto bien había hecho por doquier, pasando siempre desapercibido, y que, ahora, anciano y enfermo, sin casa ni familia, aguardaba gozoso la voluntad de Dios sobre él, en la habitación de un modestísimo hotel de tercera categoría.

HACIA EL PALACIO DE LOS VÉLEZ

Se acercaba la hora del toque de Ánimas y, con el debido arreglo y compostura en mi persona, me encaminé al conocido «Palacio de los Vélez», a espaldas de la catedral, aquel bello edificio renacentista que, en el primer cuarto del siglo diecisiete, construyera el veinticuatro de Jaén y caballero de Santiago, Don Alonso Vélez Anaya y Mendoza, sobre las casas principales de su familia, sujetas al vínculo que él había heredado, fundado por un ilustre antepasado suyo, Alguacil Mayor que fue de Jaén y Alcaide de los castillos de Cambil y Alhabar, en la frontera con los moros, cuando todavía no había sido conquistada la ciudad de Granada. En estos pensamientos iba, cuando, en la plaza de San Francisco, me salió al paso uno de los eclesiásticos más notables del obispado jiennense, canónigo y prefecto ceremoniero de la S. I. Catedral, catedrático de la Universidad, historiador y latinista eximio, miembro de la Confraternidad de Amigos de San Antón, D. Juan Higuera Maldonado al que admiro y respeto, y con el que, desde años atrás, me une una sincera amistad.



Rufino Almansa y Francisco Cerezo



Luis Berges, Julio Puga y Antonio Martos



Juan Eslava y Mª Isabel Sancho

Continuamos caminando juntos, en animada conversación, pues ambos acudíamos a la cita con Don Lope de Sosa, en el expresado «Palacio de los Vélez», para participar en la renombrada «Cena de Santa Catalina».

Pasamos el «Callejón de la Mona» con sus gárgolas góticas, que tanto llaman la atención del visitante, y, torciendo a la izquierda nos encontramos ante el portón de hierro que da acceso al recoleto patio que, cerrado por el alto muro almenado, sirve de antesala a la noble mansión. Bajo los arcos de sus

portales, cargados de heráldica, nos aguardaba el Prioste de nuestra confraternidad, muy magnífico Sr. D. Pedro Casañas Llagostera, quien, abrazándonos, nos dió mil parabienes y nos introdujo en una sala rodeada de cómodos divanes, en donde encontramos ya a varias ilustres damas y afamados caballeros que se nos habían anticipado, a los que saludamos cordialmente, entre ellos, Arturo Vargas-Machuca Caballero, nuestro anfitrión, como Decano que es del Colegio Oficial de Arquitectos, entidad propietaria del «Palacio de los Vélez»; junto al Secretario del Colegio Luis Carlos Mateos Peinado; la profesora universitaria María-Isabel Sancho Rodríguez, hija de nuestro recordado amigo y también profesor, que gloria haya, Alfonso Sancho Saez, que con su dicha hija publicó el precioso libro *Poesía giennense del siglo XIX*; Luis Coronas Tejada, profesor emérito de la Universidad y autor de obras tan intere-



José Mª Pardo, Ignacio Ahumada, Pedro Casañas,
Juan Eslava y Vicente Oya



Antonio Casañas, Francisco Cano y Miguel Calvo

santes para nosotros como *La Inquisición en Jaén* y *Unos años en la vida y Reflejos de la personalidad del 'Inquisidor de las Brujas'*; el industrial Antonio Martos García, tesorero de nuestra institución, y el secretario de la misma, Miguel Calvo Morillo, poeta de agudo ingenio, sin cuyas intervenciones la «Cena de Santa Catalina» no sería tan «jocosa»; Pilar Sicilia de Miguel, directora del Grupo de danzas «Lola Torres», que ha paseado el



Luis Berges, Luis Carlos Mateos, José M^o Pardo y Arturo Vargas-Machuca

folclor jiennense por toda la geografía española y por las principales ciudades de Europa, recogiendo galardones y aplausos por doquier. Saludamos también al prestigioso pintor y decorador, Julio Puga Romero y al profesor mercantil, Antonio Casañas Lagostera, hermano de nuestro querido Prioste; finalmente, tuvimos el honor de estrechar la mano de Juan Eslava Galán, profesor de idiomas (Filología Inglesa) y escritor fecundo, cuyas obras son tan conocidas en los ambientes culturales, que no es necesario mencionarlas.

Mientras hacíamos espera e intercambiábamos impresiones sobre los más variados temas, nos ofrecieron una copa de vino y unas aceitunas de cornezuelo, de la zona olivarera de Martos, maceradas y ali-

ñadas con la fórmula tradicional en Jaén: tomillo, hinojo, concha de naranja y ajos enteros. Poco a poco, fueron llegando los restantes invitados: el profesor y presidente de la Academia Bibliográfica Mariana «*Nuestra Sra. de la Capilla*», Manuel López Pérez, investigador y prolífico escritor de asuntos del Santo Reino; el arquitecto Luis Berges Roldán, autor de aquel hermoso libro titulado *Dibujando en Jaén*, interesante documento gráfico, al que puso texto Rafael Ortega Sagrista; el periodista y doctor en Historia Moderna, Vicente Oya Rodríguez, cronista oficial de la ciudad de Jaén y de la villa Cambil, cuya aportación a la cultura jienense y trayectoria como escritor todos conocemos; el joven y sabio catedrático universitario Ignacio Ahumada Lara, siempre ponderado en su conversación, y certero en sus apreciaciones; el arquitecto José María Pardo Crespo, bajo cuya dirección se llevaron a cabo las obras para la reposición de las «*rejas de la Virgen*», en la parroquia de San Ildefonso, a quién tuve la suerte de acompañar a Madrid, en busca de unas verjas antiguas, adecuadas para el proyecto; Pedro Jiménez Cavallé, profesor de música en nuestra Universidad, a cuyo libro *La Música en Jaén*, tantas veces tengo que recurrir, recopilando datos para mi trabajo de continuación del *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino de Jaén*, encargo y honor que en su testamento me legó Manuel Caballero Venzalá, sacerdote ejemplar y, también, amigo de San Antón, que santa gloria haya.

Continuaron llegando los restantes invitados: Francisco Cano Ramiro, agricultor de los de pro, en estas tierras de Jaén; Manuel Kayser



Manuel Kayser, Juan Cuevas y Pilar Sicilia

Zapata, pintor y profesor de la Escuela de Artes y oficios de Jaén, a quien yo conocí cuando era casi un niño y daba sus primeros pasos en el arte de la pintura; María José Sánchez Lozano, licenciada en Filosofía y Letras, y profesora de instituto; Ángel Viedma Guzmán, médico, especializado en Pediatría, aficionado al séptimo arte, que ha realizado varias películas sobre Jaén; Fernando Lorite García, autor de la obra *Jaén, cien años de Historia*, recientemente publicada en dos hermosos volúmenes; Antonio Martínez Lombardo, A.T.S., jubilado y veterano miembro de nuestra confraternidad de Amigos de San Antón; Juan Cuevas Mata, licenciado en Filosofía y Letras, archivero municipal y director del Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Jaén, y mi admirado y buen amigo, Ángel Aponte Marín, licenciado en Filosofía y Letras y profesor de instituto, minucioso investigador, que tantas cosas sabe sobre nuestro siglo XVIII, muchas de las cuales recoge en su valioso libro *Jaén a inicios del reinado de Felipe IV*, donde hallé suficientes noticias acerca de la familia Vélez, fundadora del palacio en que nos encontramos.

Notamos y nos dolió la ausencia, por enfermedad, de los cofrades José Chamorro Lozano, Juan Castellano de Dios, Francisco Olivares Barragán y Manuel Elías Carrasco. Asimismo, presentaron excusas, por compromisos familiares y por trabajo, Alfonso Parras Vilchez, Fermín Palma Rodríguez, Juan Antonio López Cordero y León Herrera y Esteban; quiera Dios que, el próximo año, libres de enfermedades y de compromisos, podamos acudir todos a la cita del Criado Portugués.



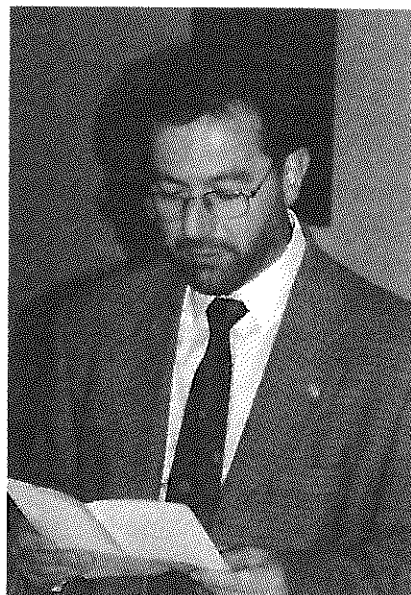
ACOGIDA Y PALABRAS DE AGRADECIMIENTO Y CORTESÍA

Sonaron en las torres de la vecina catedral las campanadas del toque de Ánimas, y no hizo falta más, la pausada solemnidad de aquellas vino a suplantar al argentino tintineo de la campanilla de nuestro priorite. Se fueron apagando las voces de los animados corrillos y, fue Don Juan Cuevas Mata quien en nombre de la Asociación se expresó de la siguiente manera:

Como es de rigor, sean las primeras palabras que esta noche se pronuncien de cordial y afectiva bienvenida a esta vigésimo cuarta edición de nuestras «Cenas Jocosas» o «Cenas de Santa Catalina», que con tanto cariño y empeño cada año se organizan y a las que con la mejor disposición concurre el pleno de la Confraternidad de Amigos de San Antón.

Al igual que cada año, un nuevo marco nos acoge, un nuevo ambiente es testigo de su celebración. Esta cena del año 2001, tiene oportuno acomodo en lugar céntrico y de fácil acceso para todos, especialmente para ese Amigo de San Antón del que como bien dice el Criado Portugués, «anda aquejado de ciertas reliquias floxeandole los uesecillos e chequezuelas de las rodillas».

La benevolente disposición del señor Decano del Ilustre Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén, don Arturo Vargas-Machuca Caballero y su Junta de Gobierno, han hecho posible que su sede, el noble y antiguo Palacio de los Vélez, sea el marco de la cena del presente año. A él, como Decano, a don Luis Carlos Mateos Peinado, como Director, y a la Junta de Gobierno, nuestra más rendida gratitud por tan franca y afectiva acogida.



Juan Cueva

Muchas más palabras de agradecimiento serían necesarias para mostrar la obligación que contrae esta Asociación para con tan Ilustre Colegio. Pero entiendo, que en la amistad limpia que nos une, se expresa con toda verdad la correspondencia que todos mostramos por el hospitalario albergue que en esta noche nos hacéis. A vos señor Decano y a vos señor Director, rogamos trasmitáis a la ilustre Junta de Gobierno, la expresión de nuestra más sincera complacencia y gratitud.

Y para que en esta casa quede constancia de la celebración que hacemos, recibid esta placa de cerámica en la que se expresa el acontecer, rogándoos que si a bien lo tenéis, figure en el lugar del edificio que mejor os pareciere.



Terminada la emotiva alocución de nuestro prioste, el arquitecto don Luis Berges Roldán, en nombre de la Confraternidad de Amigos de San Antón, hizo entrega de la placa al Ilmo. Sr. Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén, don Arturo Vargas-Machuca Caballero, quién, al recibirla, en voz alta y clara, dio lectura a la dedicatoria que, en bellos

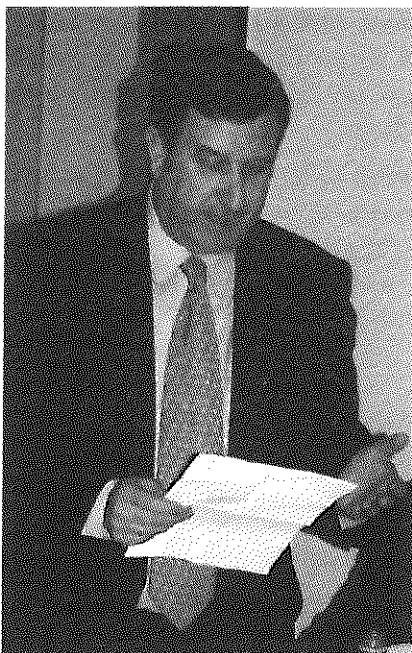
caracteres de azulados reflejos, viene escrita sobre la cerámica: EN ESTE COLEGIO DE ARQUITECTOS, CELEBRARON LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN LA CENA JOCOSA DEL AÑO 2001. Luego mostró la placa a todos los presentes, momento en que resonó la sala con un entusiasta y prolongado aplauso.



Muy complacido por tales muestras de gratitud, el Sr. Vargas-Machuca respondió a las palabras de reconocimiento del prioste con un saludo de bienvenida a todos los miembros de la Confraternidad, en el que reiteró sus ofrecimientos en aras de una generosa, sincera y leal amistad. Dijo así:

Bienvenidos:

Es para nosotros, los arquitectos, un honor, que dentro del primer año de la creación del Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén (antes éramos Delegación del de Andalucía Oriental), –otra coincidencia, primer año del nuevo siglo–, pensara vuestro Prioste que el Palacio de los Vélez podía ser un lugar adecuado para vuestra celebración anual. Lo hizo, supongo,



por la adecuación de su entorno y fundamentalmente pensando en un amigo, que también lo es mío.

La amistad que os tenéis me hace recordar la definición que de ella hace Aristóteles: «La amistad es querer el bien para otro, en cuanto otro». Analizando la definición, podríamos resumir diciendo: «que la amistad es un sentimiento de alegría interior, que sentimos porque realmente existe la persona a la que queremos, y, al mismo tiempo, queremos su perfección como persona». Curiosamente, la amistad es un dar y un recibir, pero sin egoismos.

Específicamente la amistad, y eso se puede comprobar entre vosotros, lleva consigo un ejercicio continuo de virtudes, hoy se diría de valores (no se qué vergüen-

Arturo
Vargas-Machuca
Caballero

za hay en llamar a las cosas por su nombre). Yo me fijaría en tres: *GENE-ROSIDAD, SINCERIDAD Y LEALTAD*. Y esto es lo que os ofrecemos los arquitectos de este Colegio y, en concreto, su Decano-Presidente.

Muchas gracias por vuestra deferencia y sabed que habéis tomado posesión de vuestra casa y que aquí nos tendréis siempre a vuestra disposición para lo que deseéis.



MI NOMBRAMIENTO COMO CRONISTA

Hubo nuevos y calurosos aplausos y, de pronto, el jubiloso sonido de la campanilla demandó silencio. Había llegado la hora de nombrar cronista para la Cena Jocosa del presente año del Señor, 2001. El designado fue el que escribe estas líneas; y aunque previamente se me había comunicado, no por eso dejé de sorprenderme. Con la solemnidad de un acto académico, nuestro Prioste requirió mi presencia y, en medio de tan ilustre asamblea, me interpeló con las preguntas de rigor:

— *Muy honorable señor DON RUFINO ALMANSA TALLANTE, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2001?*

— A lo cual respondí con prontitud y firmeza: *Sí, soy conforme.*

Conocida mi respuesta, el Prioste puso en mis manos el platillo con el recado de escribir: tintero, plumas, salvadera y suficientes pliegos en barba, para que pudiese llevar a cabo el trabajo que se me encomendaba, al tiempo que manifestaba:

— *Complacidos agradecemos esta aceptación vuestra, encareciendoos y exhortandoos a que sin demora ni dilación alguna iniciéis vuestro cometido.*

Estrechome el Prioste en fraternal abrazo y, seguidamente, me rodearon los demás cofrades, deseándome acierto en mi tarea y dándome albricias y mil enhorabuenas. Fue así como quedé constituido en relator y cronista de esta Cena de Santa Catalina del año 2001, y, a decir verdad, me sentí satisfecho y muy honrado, aunque un tanto preocupado por la responsabilidad que sobre mí pesaba, que era demasiada, habiendo tan ilustradas damas y tantos y tan sesudos varones en nuestra Confraternidad, esclarecidos en ciencias y letras, eximios maestros en todos los ramos del saber.

Acabado este ceremonial, acaso tomado de un viejo ritual medieval, con su parafernalia a un tiempo solemne y sencilla, en el que, por instantes, tienes la extraña sensación de que te están armando caballero, fuimos invitados a pasar al comedor, donde ya nos esperaba un abundante y bien dispuesto aperitivo compuesto por las más variadas minucias, que entreveradas con excelentes vinos de solera y licores de calidad, preparaban el estómago a recibir mejor la succulenta cena con que nos obsequiaría Don Lope. Entretenidos con estas bagatelas estábamos y charlando animadamente, cuando la campanilla llamó nuestra atención: el señor Prioste había concedido el uso de la palabra al Ilmo. Sr. Cronista oficial de la Ciudad de Jaén.



Luis Coronas



PALABRAS DE DON VICENTE OYA RODRÍGUEZ

Hubo unos minutos de expectación y, al fin, D. Vicente tomó la palabra sosegadamente, y comenzó a describirnos la Plaza Vieja o de San Francisco y sus aledaños, tan vivamente que, los que ya peinamos canas o no nos queda un pelo, llenos de nostalgia, retrocedimos en edad y nos sentimos inmersos en aquel Jaén de «antes de la guerra», que tímidamente comenzó a remozarse en la posguerra, y que, en su afán por modernizarse, se llevó tantas cosas bellas, que, hoy, con candor de niños



Francisco Cano, Antonio Martos, José Casañas,
Rufino Almansa y Francisco Cerezo



Luis Carlos Mateos, Pedro Casañas y
Juan Higuera

añoramos. Fue un rato delicioso, pues nos parecía estar paseando por la Plaza; hablar con unos y con otros, que, en aquel tiempo, todos nos conocíamos en Jaén y todos éramos amigos; entrar y salir de sus anticuados comercios; percibir el tufillo que salía de las pequeñas tabernas; ver a «Pepe el Largo» durmiendo bajo los buzones de correos, y comprar castañas asadas en los pequeños puestos ambulantes, en vísperas del día de Todos los Santos. Una gozada, un sueño, fue aquella narración. Pero oigamos a nuestro querido D.Vicente, comenzó así:

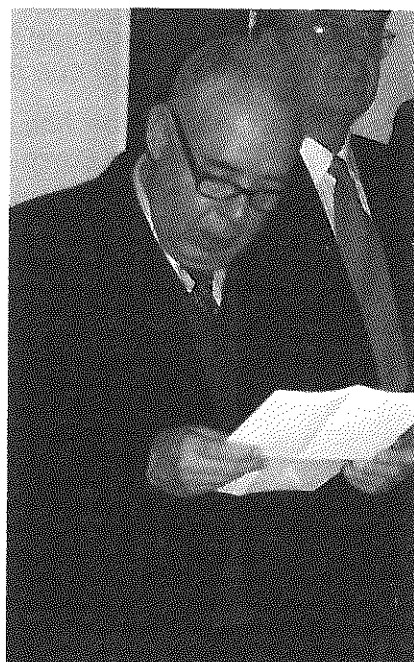
La plaza es «ese lugar ancho y espacioso dentro del poblado» como dice el antiguo diccionario de Autoridades de 1737.

Uno de esos lugares anchos y espaciosos, en nuestra ciudad, junto a las Plazas de Santa María y de la Constitución, es en el Jaén de siempre, el más típico y tradicional, el más entrañable, ha sido y es la Plaza Vieja o de San Francisco, como se indica en el Diccionario de Pascual Madoz..

Ya, en una de éstas Cenas Jocosas, José Chamorro Lozano, cronista oficial de la provincia, amigo de San Antón habló de ésta plaza de San Francisco y lo hizo desde la perspectiva histórica. Permittedme que ésta noche insista yo en la Plaza Vieja con otros aspectos que le son propios.

Cuando el Jaén árabe, estaba el mercado con sus focos de atracción en las dos Mezquitas, la situada en la actual Magdalena y la que había con anterioridad a la Catedral y el Templo Mayor. Eran los famosos zocos.

Durante los siglos XIII y XIV, lo que hoy es la Plaza de San Francisco era toda una amplia explanada. En 1354 Pedro I cedió a los franciscanos unos terrenos para edificar el Convento. Según viejas descripciones había un bosque y el Palacio que fuera de Fernando III. En tiempos del Condestable don Miguel Lucas, ya en la segunda mitad del siglo XV, apareció allí el germen del Mercado de San Francisco. En el XVI es cuando la plaza empezó a tomar su configuración definitiva. Tras la construcción de la Catedral y de los edificios de las Carnecerías. En el lateral este estaba la puerta de Santa María flanqueada por unas torres, y, frente a dicha puerta, se levantaba el Convento de San Francisco. En el siglo XVIII ya era



Vicente
Rodríguez

la plaza un gran mercado que tenía en el centro una fuente que se abastecía de agua del raudal de Santa María. La Puerta y las Carneceras fueron demolidas y también el Convento franciscano para la construcción del edificio de la Diputación.

De aquella plaza vieja el Diccionario de Madoz hace una precisa descripción. Resalta su mucha inclinación, con pavimento empedrado como plaza de abastos principal. Habla de una fuente de taza en la parte más alta y otra remanente de ésta que cae sobre un pilón dedicado a abrevadero. Anota Madoz, como dato curioso, que había cuarenta grandes cajones de madera, de un particular, que contenían los comestibles de mayor valor y cuyo vecino pagaba al Ayuntamiento cierta cantidad para ocupar la vía pública. Subraya que era una plaza bien abastecida y que había por aquella época un Café que daba a la calle de Campanas..

La plaza, como hoy, se comunicaba con el Callejón de la Mona, Campanas, Cerón, La Parra, Los Álamos, La Carrera y hacia La Alcantarilla.

Desaparecidas aquellas edificaciones, es el Palacio de la Diputación con la Catedral, desde la Cripta, elemento principal que caracteriza a la Plaza.

Las modernas construcciones, aún con los soportales, no superan en belleza a aquel marco perdido de las Carneceras, que nos ha llegado a través de viejas fotografías.



Plaza Vieja (San Francisco)

La plaza tomó el nombre del Convento de San Francisco y popularmente se ha conocido como Plaza Vieja por su antigüedad. También fue la Plaza de Sagasta gracias a una moción del concejal Cándido Carrasco que el Ayuntamiento aprobó en 1903 y que, en su tiempo, debido a los avatares políticos, se cayó del callejero.

Este ha sido siempre un espacio de mucha vida. Junto a la Cripta, el viejo Pala-

cio de los Vélez fue objeto de una amplia remodelación para la sede del Colegio de Arquitectos que dá a la Plaza de San Francisco y a la calle de Ramón y Cajal.

En el popular Callejón de la Mora, junto a la Catedral, en el Bar Sanatorio, ya desaparecido, mucha gente ha curado sus penas o ha comprado telas, cintas, botones, bisutería, en «La Verdadera», la singular tienda que fue todo un símbolo del tradicional comercio de Jaén y que sigue en la Plaza, pero ya en otro lugar y sin el sabor que tenía.

Al lado de la Cripta de la Catedral estuvo el monumento a Bernardo López, que Alfonso XIII inauguró, el 15 de mayo de 1904, y que luego pasó a la Plaza de los Jardinillos y de allí a la Alameda, para luego retornar, creemos que definitivamente, a dicha Plaza de los Jardinillos. Aquí, en Jaén no sabemos qué hacer con nuestros ilustres poetas y otros personajes célebres y los llevamos de un lado para otro. Menos mal que el profesor Juan Jiménez Fernández puso a Bernardo López García en su sitio con un espléndido estudio sobre su vida y su obra como hiciera también con Antonio Almendros Aguilar el querido Alfonso Sancho Saez de gratísima memoria en la ciudad y en esta confraternidad de Los Amigos de San Antón.

Por si el «Sanatorio» supiera a poco, también al lado de la Cripta, lugar que tiene connotaciones joseantonianas de los veinte de noviembre, con flores y coronas a los caídos, estuvieron para calmar la sed, como estaciones obligadas, las famosas tabernas de Paco Reyes y de Zamora, donde los parroquianos hablaban de lo divino y de lo humano. Y, allí mismo, la Sastrería de las Cuatro Jotas y el estanco donde se conocieron Emilio Cebrián y Federico de Mendizabal y donde pensaron hacer el Himno a Jaén y luego la Marcha de Nuestro Padre Jesús Nazareno, «El Abuelo».

Muy cerca, en la esquina con la Carrera o Bernabé Soriano, la Funeraria de Cobo ponía la nota triste para el anuncio inexorable de la vida que se pasa, cuando la muerte se viene tan callando, como decía el poeta. Recuerdo que fue derribado el edificio de la funeraria y que, durante años, estuvo levantada la esquelética estructura de la nueva casa, sin terminar. Hasta el extremo de que, en una visita del anterior Jefe del Estado, se tapó el desaguisado urbanístico con un cuadro de grandes dimensiones de Franco que, como la estatua levantada en el Paseo de la Estación fueron a parar al fondo de algún almacén.

Había fuera de la verja de entrada a la Diputación varios grandes árboles. A la caída de la tarde, aquellas grajas que no cabían en las sufridas torres catedralicias se posaban en estos árboles de la Plaza Vieja o de San Francisco... Recuerdo haber oído una pregunta: «¿En qué se parecen

los grajos que se posan en los árboles de la Plaza de San Francisco a los políticos de turno?». La pregunta divertía a la gente cuando se daba la respuesta:— «Las grajas de los árboles de la Plaza de San Francisco se parecen a ciertos políticos en que graznan mucho, hasta acomodarse, pero cuando se acomodan, se cagan en el pueblo que pasa por debajo». Y arrancaron los árboles, pues como decía Ganivet en España siempre se han arrancado muchos árboles y muchas ideas.

Junto a la Diputación el callejón de Las Flores siempre ha llevado al Mercado de San Francisco, desde la Plaza Vieja. Había que ver éste callejón con ramos de flores y coronas en torno a la fiesta de Todos los Santos y ante la conmemoración de los Fieles Difuntos. Allí vivían permanentemente, porque allí se encontraban, «Eufrasio» y «Capilla», dos personajes de la vida local que daban vida a unas siempre costumbristas estampas jiennenses que escribía el recordado periodista Tomás Moreno Bravo en el periódico «Jaén». Juan de Dios de la Torre, poeta inválido físicamente, pero con muchas alas para su espíritu crítico, llamado por algunos «Malvado», en tono jocoso, y que formó parte del Grupo Literario «El Olivo», liderado por Diego Sánchez del Real, un día, en el Bar Manila, criticando aquellos dialoguillos periodísticos aseguró a Moreno Bravo que el Eufrasio y La Capilla habían sido atropellados por un camión cargado de frutas que iba a descargar al Mercado de Abastos y que ese era el mejor destino de aquellos personajes. Sobre aquel comentario hubo hasta una polémica con sus más y sus menos.

En la Plaza Vieja estaba el Café de San Francisco con sus veladores de gentes sin prisa y limpiabotas que, con su reverente trabajo, sacaban el brillo al calzado y unas pesetillas, esas que ya se nos van a morir a manos del euro. Muy cerca eran los urinarios públicos con su baranda de obra y sus escalerillas para bajar al fondo. Y, donde ahora están las oficinas centrales del INEM, era la tienda grande de Tejidos Gangas, que ya preconizaba el comercio de las grandes superficies, como otro hachazo del progreso a los pequeños comerciantes.

No obstante, entre la Calle de La Parra y la Calle de los Álamos, de frente a la Plaza Vieja, en mis tiempos de escolar, camino del Instituto «Virgen del Carmen», situado en la calle Compañía, nos topábamos con la «tienda más grande del mundo». Así le llamaba la gente a un comercio, «El Capricho», de zapatos gordos y baratos de la marca Sagarra, pues la tienda empezaba en «La Suiza», de la calle de la Parra, con sus productos lácteos y latas de leche condensada y terminaba en «El Brasil», otra tienda dedicada a ultramarinos y situada en la colindante calle de Los Álamos.

En el año 1966, el escritor Darío Fernández Flores, que era propietario de tierras de labor en Jaén, escribió un artículo, en el diario «ABC» de

Madrid, titulado «La costra del progreso». Se refería a Jaén. Decía que la ciudad estaba como muerta y que tenía que despertar. Aquello molestó al poder constituido y motivó artículos del cronista, Luis González López en la Revista «Paisaje» y del periodista, José Chamorro Lozano, en el diario «Jaén». Desde luego no habían entendido el mensaje de Fernández Flores. Porque el articulista lo que estaba era por un Jaén renovado, más despierto. Para que la ciudad saliera de su sólida vejez y no se contentara sólomente con las vibraciones de los aficionados al fútbol que acudían al estadio municipal de «La Victoria», para animar al Real Jaén, que, por entonces, militaba en la tercera división.

El edificio de Correos y Telégrafos donde otrora estuvieron las Carnecerías y donde hoy hay unas viviendas para familias acomodadas tenía unas escaleras de entrada entre la calle de Campanas y la Plaza Vieja, con una puerta giratoria que servía para que jugaran los chiquillos. Era la única puerta así que tenía Jaén con la de la Delegación de Hacienda por donde no querían jugar los mayores, o sea, los contribuyentes. En el hueco del edificio, para los buzones de correos, echaba sus buenas siestas «Pepe el Largo», mendigo famoso, que en gloria esté, quien, al acostarse en el rellano de las escalerillas, no dejaba que la gente pudiera echar las cartas a dichos buzones. En esto que vino nuestro ilustre contertulio, a la sazón ministro, después de haber sido director general de Correos, don León Herrera y Esteban, y nos inauguró un nuevo edificio que hoy levanta su estructura ante la Plaza de Los Jardinillos y frente a la Plaza de San Agustín, por donde se desliza la calle del Dr. Arroyo.

Se ha contado por testigos presenciales, y luego ha seguido la historia, que, en la Plaza Vieja, al término de la Guerra Civil, Queipo de Llano disparó al aire con la pistola, porque vió que un vecino no levantaba la mano mientras se cantaba el Cara al Sol.

Decía el poeta que el viento se lleva el ayer de tinieblas y que la huida del tiempo se convierte en un tembloroso recuerdo. Han dicho también los poetas que la ciudad, a través de sus plazas, de sus calles, es el templo público en permanente ruína que llora a la orilla de un río pobre y lento.

Por ésta plaza de San Francisco ha desfilado en los siglos XIX y XX, por no remontarnos mas allá en el tiempo, aquella España esquilmada entre los de arriba y los de abajo, la clase media, ese pueblo que tomaba el sol hasta hartarse, se bebía el vino peleón de las tabernas del entorno y no sabía si amaba o aborrecía al poder instituido. Hemos visto en esta Plaza Vieja manifestaciones del pueblo para expresar su gratitud por la aprobación del Plan Jaén o para dejar su repulsa contra los implicados en el famoso Proceso de Burgos; para protestar contra «el contubernio ju-

deo masónico de Munich»; con Franco, con las manos abiertas; con la izquierda, con los puños cerrados. Y ha desfilaro el pueblo nuestro que iba a las procesiones con los curas, en ceremonias solemnes de arquitecturas efímeras de altares para el día del Corpus Christi, o que estaba en las manifestaciones contra los mismos curas. También ha sido escenario la Plaza Vieja como tantas plazas de la provincia, de otras muchas manifestaciones, como las de los parados que buscaban un trabajo en sus corros tristes en amaneceres fríos mientras se echaba encima el día y se esfumaban las esperanzas. Y, para la Noche de los Santos, o por Las Navidades, como decía el inolvidable Rafael Ortega y Sagrista, rompiendo los silencios de la Plaza Vieja, mientras les llegaba la fatídica hora de la muerte, para las grandes cenas, las densas y apretadas bandadas de pavos. Hace ya mucho tiempo que se perdió esta estampa entrañable por la presencia de los electrodomésticos.

La Plaza es como el patio de la ciudad y la ciudad donde vivimos, por extensión de la nuestra, es nuestra otra familia. En reciente urbanización llevada a cabo, la Plaza Vieja o de San Francisco, se ha transformado. Unos sencillos jardines, junto a la Cripta, con separación de la calle Campanas, a través de un bajo muro y barandillas, que sirve de mirador sobre la Plaza, ha cambiado la fisonomía de este espacio urbano. La Plaza Vieja con carriles para el tránsito rodado es casi totalmente peatonal. Unos bancos, con arbolillos, invitan al descanso del caminante. Casi al centro, el quiosco de la Prensa, desplazado de sitio, desde la explanada de la Cripta, forma parte del mobiliario urbano. Junto a unos hitos de modernas líneas artísticas a falta de un gran monumento. La Plaza es hoy otra, pero en el mismo marco. Con mucha historia pasada en un espacio que ha conocido manifestaciones ciudadanas de todos los signos, al paso de nuestras almas, mientras nuestras vidas se llenan de pretéritos.

Con esta filosófica consideración, despertamos del plácido sueño en que D. Vicente nos tenía sumidos a la más cruda realidad. Aplaudimos, hubo algunas preguntas a las que D. Vicente respondió, como él sabe hacerlo, dando toda suerte de detalles y, luego, el tema de nuestra conversación fue como una continuación de tan interesante charla, recordando cada uno sus propias vivencias en las fiestas y actos solemnes, ya civiles, ya religiosos; y trayendo a colación las más variadas anécdotas y situaciones divertidas; las actuaciones de cómicos ambulantes, funambulistas y cíngaros que, con una cabra, un mono, una escalera, un tambor y una trompeta, hacían las delicias de chicos y grandes; y un sin cuento más de cosas, que de todo ha pasado en la vieja Plaza de San Francisco.



BALTASAR DE ALCÁZAR, EVOCADO POR NUESTRO PRIOSTE

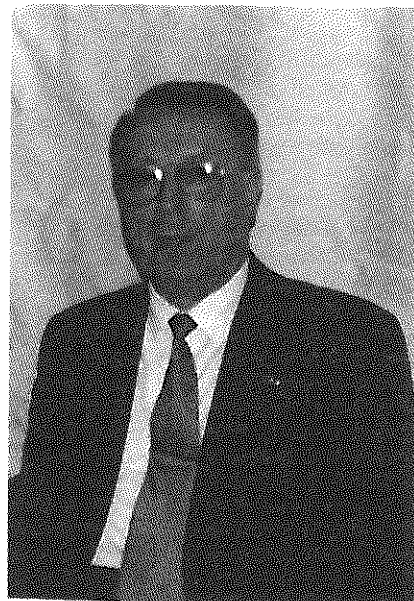
Ahora es D. Pedro Casañas, nuestro querido Prioste, quién, cual otro D. Juan Tenorio al Comendador, evoca al poeta sevillano D. Baltasar del Alcazar, autor de *La Cena Jocosa*, no para desafiarse, sino para que, como convidado de piedra, tome parte en nuestra cena; pues se siente en la obligación de presentarle a todos y cada uno de los miembros de la Confraternidad de Amigos de San Antón, que él preside. Y, después de justificar con muy comedidas palabras su osadía, pasó a pedir a los cofrades presentes y comensales de esta *Cena de Santa Catalina*, que se esforzasen por sentir la fantasmagórica presencia y adivinar la gentil figura del esclarecido vate sevillano, a quién nos daría a conocer, con explicación pormenorizada de títulos, oficios y habilidades de cada uno, usando como vehículo de expresión, para mejor entenderse con el poeta, el verso rimado, aunque bastante «*ripiado*».

Todo esto hizo con las siguientes buenas razones:

Desde que iniciamos estas Cenas Jocosas o Cenas de santa Catalina, allá por el año 1978, a través de las mismas y en diversas ocasiones, se ha sacado con frecuencia a relucir, como es natural, tanto a la figura de don Lope de Sosa como la del Criado Portugués, personajes entrañables de la Cena Jocosa. Sin embargo, del autor, del padre, del mentor de esta Cena Jocosa, prácticamente no se ha hecho mucha referencia, cuando en verdad y gracias a este marcial sevillano, cada año somos convocados, cada año nos reunimos y cada año nos deleitamos con estos fraternales encuentros, recordando el discurrir de aquella cena, que tan bellamente describiera el dicho marcial don Baltasar del Alcázar.

Y a este personaje, que tan íntimo debe ser para todos nosotros, quiero esta noche, no solo referirme, sino también dirigirme a él en una forma muy particular, en una forma en la que todos nos vamos a ver de alguna manera implicados, pues pretendo que el bueno de don Baltasar, tenga cumplido conocimiento del conjunto de esta Confraternidad, que tan fiel le es, recordando anualmente su Cena Jocosa.

Así pues, desearía que en estos comienzos de la Cena, presentáramos su presencia, adivinemos la figura de don Baltasar del Alcázar, en el



Pedro Casañas
Llagostera

lugar que a cada uno de los presentes se les antoje. A él me voy a dirigir en donosa presentación, de la que ruego no os fijéis mucho en rimas, consonancias o metros. En particular versificación, pero que muy bien puede servirnos como aliño sabroso para esta Cena, que celebramos en la espléndida sede de la Colegiatura Legal de Alarifes de Jaén, para un actual mejor decir, Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén.

Hagamos en consecuencia el esfuerzo mental de situarlo entre nosotros. A él me dirijo haciéndole la presentación de los Amigos de San Antón, tanto presentes como ausentes.

Escuchad:

En esta tan señalada ocasión
y antes de sentarnos a la mesa,
como Prioste que soy de la empresa
me corresponde hacer la presentación.

Señor don Baltasar de Alcázar, atended:

El magnífico don Lope de Sosa
todos los años y como rito,
nos convoca a otra Cena Jocosas
por mor de San Antón bendito.

Y para cumplirlo tiene a mano
siempre dispuesto a un jaenés,
que hace las veces de escribano
de vuestro Criado Portugués.

Y ha tenido deseo este año
de hacer versificada relación,
de todos los que son sin engaño
los buenos Amigos de San Antón.

Así pues,

Mi gran señor don Baltasar,
pues que la cortesía es menester,
las damas han de ir en primer lugar
y todos los caballeros, después.

Con el mejor donaire mi señor
la gracia de estas damas os diré,
que son de esta asamblea la flor,
el encanto, la sal y el bien.

Sánchez Lozano, doña María José,
Sancho Rodríguez, doña María Isabel,
y para completar el trío, vos ver:
doña Pilar de Sicilia y de Miguel.

Este caballero es de Lahiguera
que de Arjona era antaño llamada,

es docto ligüista de primera,
ya sabéis, don Ignacio Ahumada.

Curando y sanando niños, el primero,
en este menester, auténtico superman,
presto os digo el nombre del galeno:
amigo de todos, don Ángel Viedma Guzmán.

Este es don Luis, Alarife muy señalado
del que sus muchas obras pruebas dan,
por vos saber, los apellidos añadido:
el primero Berges y después Roldán.

No hay Amigo que con mas fluidez
sus trabajos a la SENDA aporte,
los hace atento y con rapidez,
aquí está, es don Ángel Aponte.

Estos son dos hermanos, mi señor,
Casañas Llagostera, ya los vé,
el de allá, es don Antonio, el mayor,
el de acá, es el capellán, don José.

Es un caballero y emérito profesor
buen galardón a una vida trabajada,
de esta Universidad, grande honor:
ya lo veis, don Luis Coronas Tejada.

Es un escritor de mucho talante,
excelencias de él, como todos opino,
me refiero, al Cronista don Rufino,
Almansa de primero y después, Tallante.

De la ciudad de la Charca nos vino
hace mucho tiempo hecho un bisoño,
y hay que ver como nos hila de fino
el señor López Cordero, D. Juan Antonio.

Allí Calvo Morillo, es el Poeta
y su gracia ¿cómo no? don Miguel,
aquí, gran pintor de escuela y paleta,
el señor Kayser Zapata, don Manuel.

*Es don Antonio un gran caballero,
por sus buenos rípios todo un bardo,
de todo el Parnaso a él prefiero,
amigo de todos, Martínez Lombardo.*

*Hay caballeros que vienen de afuera
a esta Cena que por sí sola se alaba;
de allá, de Madrid, don León Herrera,
de acá, de Sevilla, don Juan Eslava.*

*He aquí al señor Morales Cuesta
por su bisabuelo, don Manuel María,
profesor y escritor que ya cuenta
con notables y sonadas nombradías.*

*Si en conversación hablar permite,
que además sus argumentos acredite
en sus ideas opiniones permite,
este es señor, don Fernando Lorite.*

*Si Decano de pintores es en estos lares
y con el pincel hace juegos malabares,
ya su identidad a vislumbrar empleo:
aquí su señoría, don Francisco Cerezo.*

*Voy a deciros el nombre gran señor,
del mejor músico que en la vida allé,
os lo digo, en el dó, re, mi, fa, sol
don Pedro Jiménez Cavallé.*

*Si es grande personaje en el arte,
que muy amable con todos departe
y la pintura y la decoración conjuga,
no le digo más, es don Julio Puga.*

*El mejor administrador de los cuartos
es el gran amigo don Antonio Martos,
y el buen agricultor que más admiro,
aquí es, don Francisco Cano Ramiro.*

*En Torredelcampo vió la luz primera
y con buena marteña cambió las arras,
por si no acierta esta adivinadera,
ya se la digo yo: es don Alfonso Parras.*

*Gran artífice es don José María
de casas, urbanizaciones y caserías,
y a decir sus apelativos no aguardo:
Crespo de segundo y de primero Pardo.*

*Mirad, es Oya Rodríguez, don Vicente,
Cronista jaenero de muy grande celo,
a quién muchas luces da a su mente
el bueno del gorrioncillo, Gacelo.*

*Un destacado erudito es don Manuel,
a cogerlo en un renuncio no esperes,
sobre Jaén, su mente es un anaquel:
no preguntes más, el señor López Pérez.*

*Si guardañero de La Guardia es don Juan,
en el mundo archivero es flor y nata
y de la historia jaenesa fiel guardián,
sólo uno puede ser: el señor Cuevas Mata.*

*Aquí, don Juan Higuera Maldonado,
¡pardiez señor que no es Comunero!
que es de la Santa Iglesia Prebendado
y en sus doctos latines, el primero.*

*Y porque así debe ser en cortesía,
se queda en el lugar posterior
este mal aprendiz de juglerías
vuestro más seguro servidor.*

*Pedro de Jaén, porque en Jaén naciera,
de un Jaén, en el que morir quisiera,
de este Jaén, que lo lleva por cimera,
es Pedro de Jaén, Casañas Llagostera.*

*Y he de añadir, gran don Baltasar,
que si los nombrados son presentes,
no tendremos mucho más que rabinar:
todos los que faltan, son ausentes.*

*Ausentes por dolamas y averías,
ausentes, por diversos avatares,
Armenteros, Palma, Manuel Elías,
Castellano, Chamorro y Olivares.*

*Otros faltan a las convocatorias
pues ya del inmemorial seguro gozan,
y justo es decir de sus memorias
que en las mentes de todos posan.*

*¿Qué quiénes son aquellos caballeros?
¡Perdonad este gran olvido mi señor,
cuando en esta casa son los primeros!
este es el Decano y aquel es el Director.*

*Es Decano de este Ilustre Colegio
don Arturo Vargas-Machuca Caballero,
que nos otorga el gran privilegio
de darnos para este evento, cenadero.*

*De esta casa, acreditado Director
es don Luis Carlos Mateos Peinado
a quien también agradecemos el honor
del cumplido asilo que nos ha dado.*

*Y aquí acaba mi esclarecido señor
mal versada, pero completa relación
de los que hogaño tienen el honor
de por vos, continuar la tradición.*

*Y ahora procede, y ya sin demora,
dar buena cuenta del manducatorio,
que ha preparado de forma seductora,
el señor Molina Fernández, don Antonio.*

*¿Ya os ausentáis, don Baltasar?
¿no queréis nuestra mesa honrar?
aquí, todos ansiosos de tener
de vuestra presencia el placer.*

*Ved, según nuestro buen parecer
que la asistencia es acogedora,
mas, si tantas cosas tenéis que hacer,
en fin, id con Dios, en buena hora.*

*Y aquí acaba magníficos señores
la detallada y cumplida relación
de todos los que acuden cada año*

*fieles a cumplir la tradición,
sin más timbres ni otra cosa
que hacer, lo que él hizo antaño:
celebrar otra Cena Jocosa.*



Baltasar de Alcázar

~~~~~

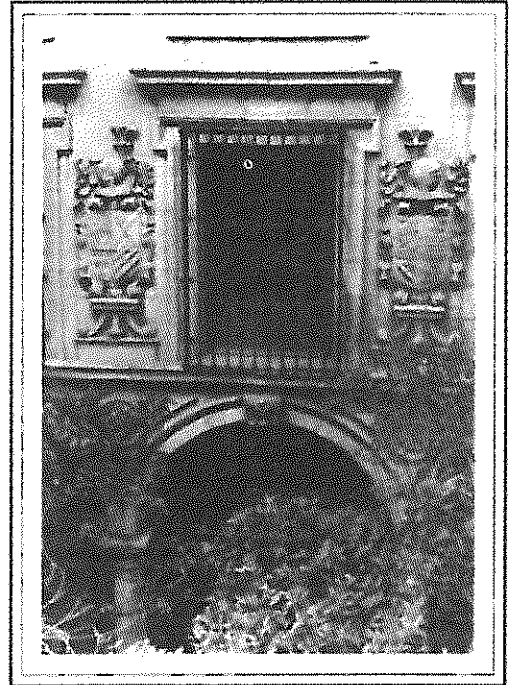
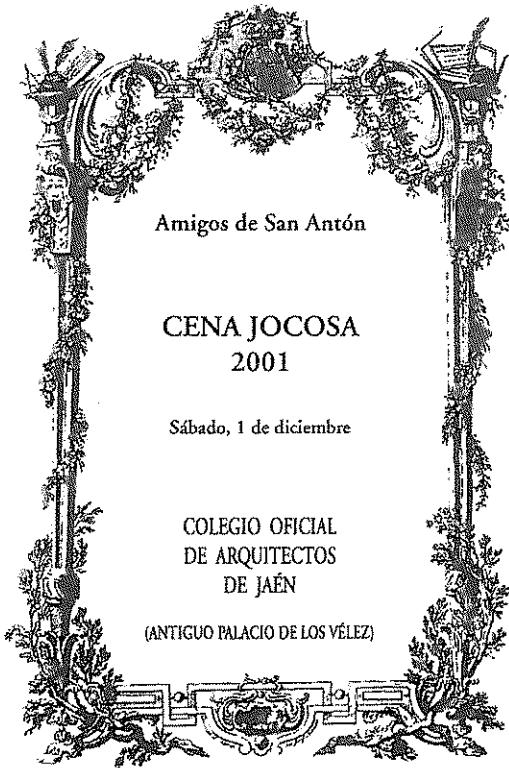
Esto dijo nuestro Prioste con énfasis no afectado y sin titubeos, dirigiéndose siempre a un alto sitial colocado en la presidencia, al parecer desocupado, pero en el que, según todos los indicios, descansaba, como entronizado, el espíritu de D. Baltasar del Alcazar, y, curiosamente, sin poderlo evitar, nuestras miradas electrificadas convergían hacia aquél lugar, mientras el Prioste nos presentaba al afamado poeta. De repente, se produjo un ruido sordo y un espeluznante escalofrío se apoderó de nosotros, penetrando hasta la médula y recorriendo todo nuestro ser, era la señal de que el espíritu de D. Baltasar se esfumaba. No hubo comentarios, nos hicimos los fuertes, pero todos quedamos perplejos ante semejante experiencia.



## UN RECUERDO PARA LA POSTERIDAD

**L**a campanilla vino a sacarnos de nuestro ensimismamiento. Era el momento de la fotografía de familia, que, como testimonio gráfico, en ningún acto importante puede faltar, pues para el futuro, si se señalan los nombres de los personajes, tiene el valor de un acta notarial. Es este un trabajo que D. Pedro Casañas se toma con empeño, año tras año, y así, en la Crónica correspondiente aparece la «foto» con su pie indicando quién es quién, por riguroso orden, de arriba abajo y de izquierda a derecha. Traspasamos el bello pórtico de columnas y, ya en el patio, quedamos embriagados por el penetrante perfume del galán de noche y de la delicada flor de azahar. Nos situamos en las gradas que dan acceso a la calle, teniendo enfrente la equilibrada fachada del palacio con sus grandes rejas de forja y sus espléndidos escudos en los entrepaños, y, de fondo, la cancela de hierro y un jazmín trepador, a manera de dosel. Cuatro fotógrafos nos miraban: D. Antonio Martínez Lombardo, D. Ángel Aponte Marín, D. Ángel Viedma Guzmán y D. Pedro Casañas Llagostera; al parecer, la colocación que espontáneamente habíamos adoptado no era la más correcta; después de varios cambios el conjunto quedó mejor ordenado; hubo un toque de atención, quedamos deslumbrados por los fogonazos del flash y se produjo el milagro: el numeroso grupo de cofrades había quedado atrapado en el interior de las diminutas cámaras.





En la calle de *Las Almenas* y a la espalda de la Catedral de Jaén, el Palacio Renacentista de *Los Vélez*.

Lo mandó construir allá por el año 1630, el Veinticuatro de Jaén y Caballero de Santiago, Don Alonso Vélez de Mendoza y Anaya, sobre unas casas principales del siglo XVI, como pertenecientes al vínculo que fundó su cuarto abuelo, otro Alonso Vélez de Mendoza, Alguacil Mayor de Jaén y Alcaide de Cambil y Alhabar.

En las candelas que corren, el Palacio de los Vélez, es sede del Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén, y en estancias del mismo, celebran *Los Amigos de San Antón*, la Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año dos mil uno, pasado que sea el toque de ánimas del día uno de diciembre.

*Minuta*

*Minucias de entrada*

Aceitunas de Moradilla / Patatas de Paco  
Garbanzos Tostados / Almendras saladas

\*\*\*

Queso Manchego / Jamón Serrano

\*\*\*

Chorizo Ahumado / Morcilla Casera

\*\*\*

Taquitos de Lomo

\*\*\*

Cerveza *Aldázar* / Manzanilla *La Guita*

Refrescos varios

*Cena*

Caldo de Cocido

\*\*\*

Habas fritas salteadas

\*\*\*

Codorniz en Escabeche

*Vinos*

Trasaniejo-Haloque

*Postre*

Arroz con Leche

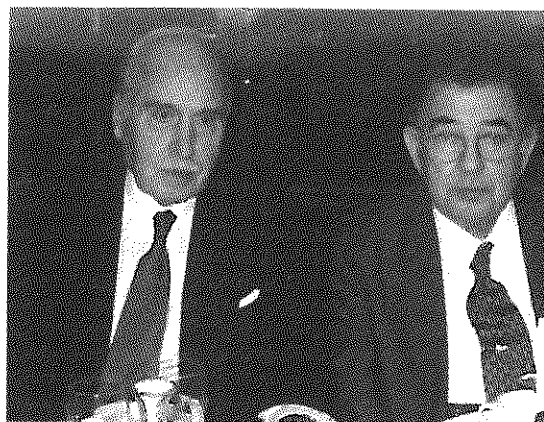
*Sobremesa*

Rosquillos de Vino / Hojaldrinas / Yemas de Las Descalzas y  
Sultanas de Coco

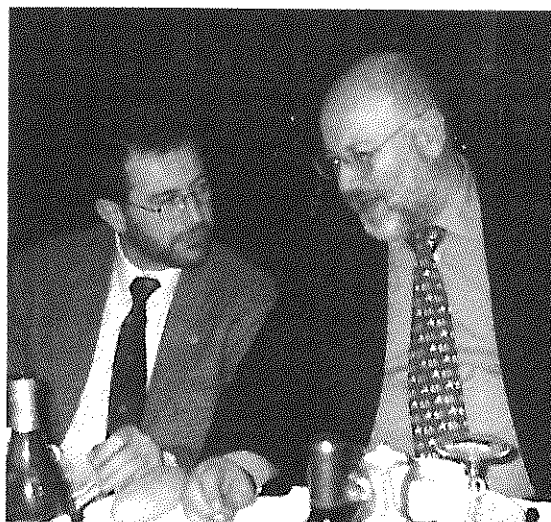
Anís *Castillo de Jaén* y Crema de Café  
de las Destilerías de Ángel Tirado

## LA CENA

**D**el patio pasamos nuevamente al portico de las columnas acristalado y convertido en comedor, todo estaba dispuesto con esmero: resplandecientes manteles, vajilla de china opaca, cristalería, preciosos centros de flores, el tarjetón de la Minuta elegantemente orlado en su portada y con un detalle de la fachada del palacio en la contraportada, y en el que, además de darnos a conocer la cantidad y calidad de los manjares a consumir en la cena, se nos presentaba una breve, pero cumplida reseña histórica de tan señorial mansión y del caballero que, allá por los años de 1630, la mandó construir. Figuraban también sobre la mesa unas bonitas alcuzas de cerámica, con decoración de hojas de olivo, aceitunas y palmetas, en esmaltes verdes, y con la inscripción: «*Amigos de San Antón / Cena Jocosa / 2001*»; eran los trofeos que, como recuerdo de tan señalado acontecimiento, llevaría cada amigo de San Antón a su casa. También estaba previsto y señalado por un pequeño billete, el lugar que cada uno debía de ocupar a la mesa, pues el Prioste celoso por fomentar la amistad y perfecta armonía entre los cofrades, tiene buen cuidado de que vayan rotando, cada año, y así puedan gozar del placer de conversar con todos y conocerse mejor. Buscaba yo mi lugar, cuando fui avisado de que el señor Prioste me honraba colocándome a su derecha, quedé un poco desconcertado por semejante honor y, cuando acudí a mi puesto, comprobé con alegría que junto a mí estaba D. Manuel Ló-



Julio Puga y Miguel Calvo



Juan Cuevas y Juan Eslava



Antonio Casañas y Fernando Lorite

pez Pérez y, también muy cerca, a la izquierda del Prioste, mi gran amigo, el profesor D. Ángel Aponte Marín; con estos tres interlocutores más escuché que hablé, tanto saben de temas relacionados con Jaén, que quedé embelesado oyéndoles.



### INTERVENCIÓN DE D. ÁNGEL APONTE MARÍN

**D**espués que tomamos el sustancioso caldo de cocido, D. Ángel Aponte Marín solicitó el uso de la palabra y, con el verbo ágil que le caracteriza, nos deleitó durante diez minutos, trazando en breves y brillantes rasgos la biografía del capitán de fragata, D. Mariano Torres de Navarra y García de Quesada, esclarecido jiennense por su noble ascendencia y por la valiente trayectoria de su vida, desde el momento en que, a los doce años ingresó en el Colegio Naval Militar, hasta su muerte, en Filipinas, a los cuarenta y cuatro años, no cumplidos.

Dijo así el profesor Aponte Marín:

*Queridos amigos: este año voy a hablar de un hombre de acción, de un capitán de fragata nacido en Jaén. Se llamaba D. Mariano Torres de Navarra y García de Quesada. Un tipo humano que parece sacado de una novela de aventuras, con una trayectoria personal digna de un personaje de Baroja, Kipling o Conrad. He conseguido estos datos sobre su vida, que*



Ángel  
Aponte Marín

*debió de ser apasionante, de un libro viejo y curioso llamado Cruzados Modernos, escrito por el Barón de Artagán y que fue editado por un semanario tradicionalista de Barcelona, La Bandera Regional, hacia 1910. Es una obra que recoge varias decenas de biografías de militares y políticos destacados de la última guerra carlista.*

*D. Mariano Torres de Navarra y García de Quesada nació en Jaén el 25 de julio de 1845, dentro de una familia de la nobleza local. A los doce años ingresó en el Colegio Naval Militar. A los dieciséis navegaba por el Pacífico y el Atlántico, y ya no se separará del mar, que fue testigo de todos sus ascensos. Una dura escuela, en*



la que la rutina a bordo, los grandes espacios y una continua relación con los elementos tuvieron que conformar su personalidad.

El año en que D. Mariano obtuvo el grado de alférez de navío cayó Isabel II y España entró en un largo periodo de alteraciones. Se produjeron en una sucesión convulsa la revolución de septiembre, la guerra de Cuba, el asesinato de Prim, el efímero reinado de Amadeo de Saboya y la proclamación de la Primera República, hechos que tuvieron que impresionar de manera decisiva al joven marino. Cuando se inició el levantamiento secesionista en Cuba era oficial de la goleta Huelva, y participó en diferentes acciones de guerra contra insurrectos y mambises: bahía de Caimanes, Blanquízal, Manzanillo, Campedínelo y Cayo Damas, en este último lugar se portó con valor y resolución pues mediante una carga con bayoneta calada se apoderó de dos banderas enemigas, lo que le valió la Cruz al Mérito Militar con distintivo rojo. En 1870, cuando todavía estaba en las Antillas, ascendió a teniente de navío con el destino de segundo comandante del vapor Gualquivir. Tenía entonces 25 años .



D. Mariano Torres de Navarra.  
(Jaén 1845 - Manila 1889)

En 1871 volvió a España y fue destinado al Arsenal de la Carraca en Cartagena, eran los días del efímero reinado de Amadeo de Saboya. Allí le sorprende la proclamación de la I República y fue testigo de su disparatada trayectoria, en una Cartagena que será el ojo del huracán del levantamiento cantonal al que se enfrenta el teniente de navío Torres de Navarra, donde debido a su valiente actuación fue nombrado Benemérito de la Patria.

Tras pasar por Cartagena Don Mariano Torres de Navarra y García de Quesada es enviado a Filipinas, allí obtuvo la licencia absoluta en octubre de 1873, pero no para quedar apartado de la acción y la aventura. Ya hacía tiempo que los carlistas se habían echado al monte y nuestro conciudadano decidió abandonar Oriente para acudir al encuentro de Don Carlos, duque de Madrid. No sé si D. Mariano Torres de Navarra contaba con antecedentes legitimistas en su familia, es muy probable sin embargo que la experiencia de la revolución cantonal y la propia evolución de la República condicionase su adscripción al carlismo, que para muchos hombres de talante católico y conservador se reveló como la única opción válida frente a la revolución. Que estuvieran o no equivocados es otra cues-

*ción. De esta forma en 1874 estaba al frente de un batallón alavés luchando por Don Carlos y poco tiempo después, ya como artillero, participó en el durísimo sitio de Irún. Continuó después combatiendo hasta el final de la guerra en Guipúzcoa y destacó en las operaciones de la línea del Oria (combates de Damasco – Echevarría y Mendibeltz) en el sitio de Guetaria y al frente de las baterías emplazadas en Zarauz, Deva y Motrico, con las que hostigó sin descanso la escuadra alfonsina que pretendía evitar el aprovisionamiento de armas a los carlistas por vía marítima. También cañoneó San Sebastián y Hernani, donde resultó herido por una granada. En 1876 cuando la guerra estaba ya perdida para el carlismo, estuvo en la acción de Mendizorrotz, el 29 de enero de 1876, que frenó el avance de las tropas de Alfonso XII, después vino la pérdida de Montejurra, la caída de Estella y un mes más tarde D. Carlos abandonaba España por Valcarlos. Fue cuando dijo aquello de ¡Volveré! D. Mariano Torres de Navarra lo acompañó al exilio y se convirtió en emigrado.*

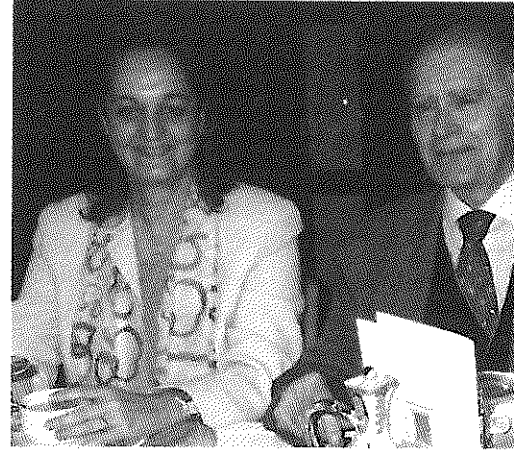
*Como un buen rey Alfonso XII, magnánimo y padre de sus hijos, permitió que muchos militares y marinos de guerra carlistas pudiesen recuperar sus carreras. Era el espíritu conciliador de la Restauración canovista. D. Mariano dejó el exilio y en 1884 volvió a ultramar, a un lugar remoto llamado Balabac, en el Pacífico, y en 1887 a las Carolinas y Palaos como gobernador. Volvía al mar y a la vida arriesgada. Entre sus tareas y misiones destacó su participación en combates contra los temibles moros de Mindanao y Joló (¡otra vez como un relato de Kipling!). En los momentos más apacibles, lo imagino vestido de dril, pensativo en la veranda de su residencia, quién sabe si recordando nuestros paisajes de tierra adentro. Pero era ya el último destino, enfermó probablemente de fiebres, buscó inútilmente curación nada menos que en Hong Kong y decidió volver a España, quién sabe si para morir en Jaén. Algo que no fue posible pues murió el 5 de abril de 1889. Fue enterrado en Filipinas.*



Agitada carrera la de D. Mariano Torres de Navarra y García de Quesada, «Un hombre de acción», como nuestro buen amigo Aponte Marín tituló su comunicación, desconocido para la mayoría de nosotros, cuya memoria debe reivindicarse, pues merece un puesto de honor en la galería de hombres ilustres de la provincia de Jaén.

Tras los aplausos hubo unos momentos de relativo silencio, se-

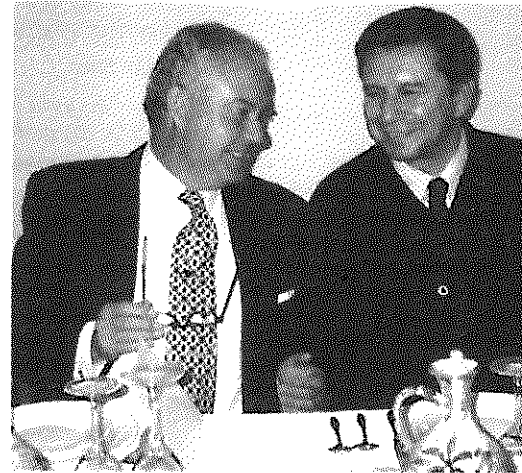
ñal inequívoca de que se reanudaba la cena, que con tanto esmero nos había preparado D. Antonio Molina Fernández y su magnífico equipo de hostelería: ahora habas fritas salteadas, que, a pesar de encontrarnos ya a primeros de diciembre, parecían recién cogidas en una de las parcelas del ameno vergel de la Senda de los Huertos; hubo comentarios laudatorios para tan excelentes cocineros, y, luego, quién más, quién menos, hizo alarde de sus conocimientos gastronómicos recordando los diferentes platos típicos de la cocina de jiennense, en Cuaresma y Semana Santa, cuyo ingrediente base eran las habas frescas, y salieron a relucir las clásicas tortillas de habas, las habas en salsa, el guiso de «taruguillos», las habas rehogadas, las habas verdes con aceite y bacalao, la sobrehusa con habas tiernas, y, en fin, la variedad de potajes con habas secas, tan enjundiosos y de tantas calorías para el invierno, como las habas con oreja de lechón o con testuz, y el potaje de San Antón, guisos que, de unos años a esta parte, ya sólo se conocen de nombre, porque dicen que son muy recios y sube el colesterol, siendo así que nuestros abuelos los comieron y vivieron tanto como el santo anacoreta de la Tebaida.



M<sup>a</sup> José Sánchez y Juan Higuera



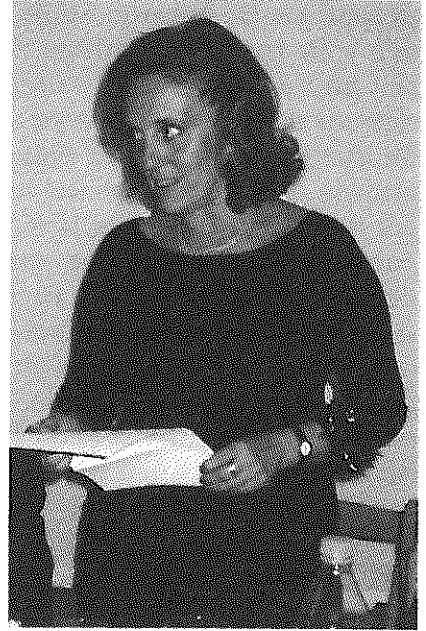
Antonio Martos y Arturo Vargas-Machuca



José M<sup>a</sup> Pardo y Luis Carlos Mateos

## INTERVENCIÓN DE LA PROFESORA M<sup>a</sup> ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ

**E**nfrascados como estábamos en estas pláticas culinarias, fuimos avisados de que la culta profesora universitaria, D.<sup>a</sup> María Isabel Sancho, quería hablar y lo hizo con la agilidad y disciplina mental que le caracterizan, trayendo a nuestra consideración los complicados juegos malabares que, en nuestros días, andan relalizando los especialistas en morfología del lenguaje, para evitar en escritos y parlamentos la discriminación y ocultación de la mujer. Su comunicación fue breve y buena, lo que significa que fue dos veces buena pero, además, tuvo la virtud de hacer amena una materia árida de por sí, manteniéndonos a todos embebecidos y dejándonos, al final, con la miel en los labios. Pero oigamos sus palabras:



M<sup>a</sup> Isabel Sancho Rodríguez

*En estos días en que algunas diputadas y diputados de la Junta de Andalucía andan a vueltas con el himno de nuestra comunidad, y pretenden modificarlo para evitar la discriminación y ocultación de la mujer, me vais a permitir que os lea un par de textos, ambos pertenecientes a nuestra capital.*

*El primero dice así:*

*(De los/las Vicedecanos/as de la Facultad)*

*Artículo 106.*

*Los vicedecanos (sic) serán propuestos por el/la Decano/a, de entre los miembros de la Comunidad Universitaria pertenecientes a esta Facultad, para su nombramiento por el/la Presidente/a de la Comisión Gestora.*

*Artículo 107*

*Corresponde a los/as Vicedecanos/as dirigir las actividades en el área que les asigne el/la Decano/a, ejerciendo su cometido bajo su autoridad.*

*El/la Decano/a podrá delegar en ellos/as las funciones que estime convenientes.*

*Se trata de un fragmento de un texto más amplio, como puede verse y del que más adelante os daré algunos datos. Veamos el segundo:*

*Anualmente se concederán cuatro premios a los alumnos y alumnas de las escuelas municipales que más se hayan distinguido a juicio de los maestros y maestras respectivos por su aplicación, puntual asistencia y aprovechamiento en el estudio, observándose en su concesión las siguientes condiciones:*

*Los Profesores y Profesoras de Escuelas municipales harán cada año la propuesta de los dos alumnos o alumnas que crean con más merecimientos para optar al premio, debiendo acompañar a la propuesta una nota en que se detallen las circunstancias que en los propuestos concurren, tomando como base (a) su conducta dentro y fuera de la escuela, en relación a las buenas costumbres, (b) aplicación y aprovechamiento, sobresaliente en la parte instructiva, y (c) asiduidad en la asistencia a los trabajos de la misma.*

*Si hacemos una lectura rápida de ambos textos, podríamos decir que, en apariencia, los autores de dichos escritos pretenden lo mismo, es decir, se esfuerzan por evitar un uso androcéntrico de la lengua y para ello machaconamente repiten los sustantivos en femenino y masculino o utilizan el sistema de barras, creyendo que con eso ya están solucionados todos los problemas de la mujer, pero atentando, de paso, contra el principio de economía lingüística a que todo usuario de una lengua debe aspirar.*

*Ya sabéis que desde diferentes frentes se ha venido advirtiendo la necesidad de evitar el uso del masculino como genérico y del masculino plural para referirse a ambos sexos. Y son variadas las soluciones que se han propuesto: uso de los colectivos genéricos; la forma masculina separada de una a mediante una barra (supongo que esa a pretenden que sea el formante de género femenino, aunque no lo indican de manera correcta lingüísticamente), y últimamente, incluso, ese engendro de la @ que, para más señas, un partido político lució, un tanto demagógicamente creo, en sus carteles de la última campaña electoral. Estas soluciones, que incisivamente un profesor gallego, José Álvaro Porto Dapena («Género 'arroba', neutralización masculino / femenino y síndrome antimachista», *Español Actual*, 72/1999, 5-14), ha llamado «género barra», «género de síndrome antimachista» y «género arroba», indican un desconocimiento absoluto del funcionamiento de género en español.*

*En los textos que nos ocupan, la solución elegida, aunque en apariencia parezca similar, es diferente. En el primero de ellos, se repiten insistentemente las formas en masculino separadas por una barra de una a o bien de as, según la necesidad de cada momento, y así, piensan, nadie se sentirá ofendido, ni discriminado.*

*En el segundo texto, como habréis observado, se utilizan completas ambas formas la masculina, siempre primero, y la femenina, después.*

Pues bien, como quizás ya se haya percatado alguno de vosotros, ambos textos están separados por 100 años.

El primero de ellos pertenece a los artículos 106 y 107 (Capítulo III, Sección 2ª) del primer borrador que se hizo para el Reglamento de Régimen Interno de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de Jaén (1996). La redacción definitiva modificó muchos aspectos formales, entre otros eliminó todas las barras que he leído. Sus redactores, evidentemente, quisieron seguir con fidelidad las directrices del Ministerio de Educación y Ciencia de 1990 y todos los folletos, circulares y panfletillos que con similares objetivos se publicaron en la última década del, todavía cercano, siglo XX.

El segundo texto en cuestión corresponde a las Actas del Ayuntamiento del día 5 de julio de 1902. Un siglo completo separan ambos textos, por tanto. ¿Un antepasado feminista en el Ayuntamiento? No, la verdad es que aunque las apariencias iniciales hayan podido engañarnos (la verdad es que cuando leí por primera vez dicho texto yo me sorprendí un poco), no ha sido más que un espejismo.

El primer texto fue redactado con un interés claro por no caer en androcentrismo ni en sexismo, ni discriminación de la mujer, ni nada parecido. Por tanto son evidentes y abundantes los esfuerzos de los redactores, aunque incurran en la reiteración e, incluso, en ocasiones en la contradicción, pues no son pocas las veces en que se les escapan masculinos sin su correspondientes barras seguidas de aes.

El segundo texto, de inicios del siglo XX, como digo, podría parecer a un lector no avisado como un intento por acometer la inclusión de la mujer y evitar así su ocultación. Sin embargo, aunque ejemplos de este tipo no sean muy abundantes en los escritos oficiales de esa época, no creo que al redactor de dicho texto se le pasara por la cabeza ninguno de los problemas de género que en los últimos veinticinco años tanto han agobiado a nuestra lengua. Sencillamente, creo que la alternancia de ambos géneros en este escrito es pertinente, pues se estaba refiriendo a dos grupos totalmente definidos de personas. El primero, los maestros y sus respectivos alumnos, todos varones; el segundo, las maestras y sus respectivas alumnas. Recuérdese que en estas fechas, y desde las Segundas Ordenanzas de San Casiano (1695), estaba totalmente prohibido que los chicos pudieran recibir clases por parte de mujeres, pues: «de esta confusión se origina el afeminarse de las costumbres, y la indecencia de estar juntos unos y otros» y, asimismo, el que los maestros varones recibieran a alumnas en sus aulas

sería muy conveniente el que no se permita por ningún motivo que nuestros Profesores admitan niña alguna para enseñarlas a no ser indepen-



*dientemente del trato y comunicación de los niños sus discípulos (Real Provisión de 20 de diciembre de 1743).*

*En consecuencia, si tantos males podría acarrear la convivencia de sexos en las aulas, es de suponer que en las actas municipales se estuvieran refiriendo a grupos muy concretos y específicos de individuos, como he dicho, y no a una posible alternancia de sexos en un mismo grupo. Dicho lo cual, vemos que mucho más discriminatorio es el texto de 1902, pues aunque nombra a la mujer, maestras, alumnas, profesoras, lo hace para separarla radicalmente del hombre y así evitar cualquier contaminación. Ese es, y no otro, el motivo real de que quien escribe este texto se refiera alternativamente a maestros y maestras, alumnos y alumnas.*

*Lejos están ya los años en que la militancia feminista furibunda obligaba a feminizar cualquier masculino, incluso cuando no era posible hacerlo lingüísticamente. Lejos quedan también aquellas mujeres que preferían utilizar los masculinos de los nombres de sus profesiones por considerarlos más prestigiosos. Ya nadie se escandaliza cuando oye nombrar a una mujer como médica, profesora, jueza o arquitecta. Tampoco tienen problemas, creo yo, las que prefieren utilizar sus correspondientes masculinos médico, profesor, juez o arquitecto.*

*De entre las recomendaciones que hacen las distintas instituciones para evitar el sexismo femenino en la lengua, tiene bastantes visos de tener éxito la utilización de los colectivos y genéricos; tal procedimiento tiene coherencia porque no atenta contra las tendencias evolutivas del idioma. La coexistencia en un texto escrito de las dos formas, femenina y masculina, se utilice el procedimiento que se utilice, es evidentemente reiterativa y resulta, como hemos podido ver, farragosa y enmarañada, y no digamos nada si la machacona repetición se produce en una intervención oral.*

*Es la sociedad la que aún discrimina y oculta a la mujer. Lamentables ejemplos aparecen a diario en las pantallas de los televisores con las burkas de las mujeres afganas. La lengua es un reflejo de esa realidad, pero la lengua en sí misma, nuestra lengua española, no es sexista. La sociedad, los hablantes son los responsables de los malos usos lingüísticos y no lingüísticos contra las mujeres. A medida que la sociedad vaya cambiando, se irá modificando la realidad y por tanto la lengua. Dejemos a un lado los enredos morfológicos y veremos como poco a poco la evolución lingüística se producirá, también en la utilización del género femenino, con toda naturalidad. Todo lo demás, creo yo, es forzar innecesariamente las cosas.*





Pedro Jiménez Cavallé y Manuel López Pérez



Antonio Martínez Lombardo y Ángel Aponte Marín



Ignacio Ahumada y Ángel Viedma

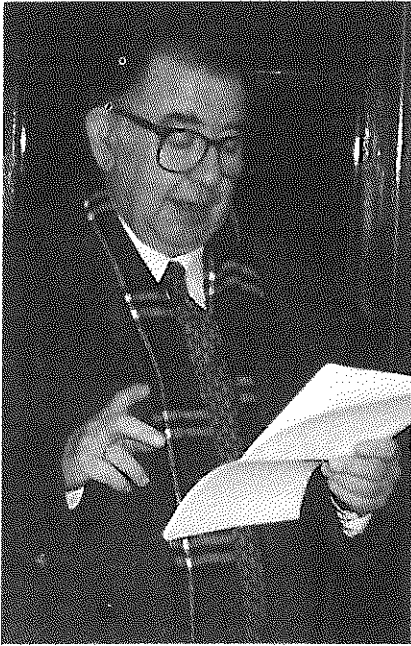
Hasta aquí las palabras de la profesora Sancho Rodríguez. Todos quedamos encantados de sus razonamientos; pero lo que nos hizo reflexionar fue la sabia conclusión que de ellos dedujo: efectivamente, no consiste en devanarse los sesos buscando ingeniosas fórmulas de morfología lingüística; no servirá de nada, si antes no cambian la mente y el corazón del hombre.



### JOCOSO COLOFÓN DE MIGUEL CALVO MORILLO

Ya trasminaba el olorcillo de las codornices escabechadas y el paladar se hacía agua con sólo percibirlo. Este año, para variar, no han sido perdices, sino codornices, y sigue siendo válida la rima, que, cuando hay armonía, bastan codornices para ser felices, mucho más si están regadas con caldos como el Haloque y Trasaniejo.

Sirvieron el postre: arroz con leche; y, mientras a la sobremesa nos recreábamos con unas copas de anís "Castillo de Jaén" y de crema de café de las Destilerías de Angel Tirado, y paladeábamos los típicos rosquillos de vino, las exquisitas yemas de las descalzas y otros dulces con inequívoco sabor navideño, nuestro buen amigo Miguel Calvo Morillo tomó la palabra y nos expuso un extenso "*Memorandum para divagar sobre letras (no de cambio) hechos y palabras*", que así tituló su comunicación, refrendada, según dijo, con la autoridad de los diversos diccionarios que obran en los anaqueles de su nutrida biblioteca.



Miguel Calvo Morillo

Tras una amplia mirada a los comensales para captar su benevolencia, nuestro amigo y reconocido vate, extrajo de uno de sus bolsillos un manejo de folios mecanografiados y, desplegándolos con cierta calma, no exenta de gracejo, fue desgranando el rosario de sus ingeniosas ocurrencias. Dijo así:

*Esto que leo y antes fue escrito, es labor de muchos años de observación y manejo de los pesados mamotretos llamados diccionarios, de los cuales poseo varios ejemplares, que, por cierto, todos dicen lo mismo, excepto uno en el cual he encontrado la acepción de una palabra, hace tiempo buscada, y que en su momento se dirá, con dedicatoria incluida.*

*Las letras en el abecedario ocupan desde hace siglos su correspondiente lugar, concretamente desde la remota cultura griega de donde heredamos lo de «alfabeto», vocablo formado por las dos primeras letras del «crístus» greco.*

*Al hablar de letras, y no de cambio, estas tienen un gran número de apelativos: letra de mano, de imprenta, mayúscula, capital, inicial, uncial, historiada, florida, pelada, minúscula, redonda, redondilla, romañilla, pancilla, gótica, de Tortis, inglesa, bastarda, magistral, itálica, metida, cursiva, corrida, tirada, cancilleresca, procesada, cortesana, dórica, toscana, tiria, y pare usted de contar. No se cual elegir de este catálogo para componer mi escrito. Unos párrafos serán en redondilla, otros en cursiva y por último en tiria, que es la que tiene de ancho la quinta parte de su altura.*

*No he hecho mención de mis diccionarios porque ya aparecieron en otro de mis parlamentos. Así que yéndonos al grano, diremos que inicié mi trabajo cerrando los ojos y señalando con el dedo índice en un alfabeto, mi dedo se había detenido en la letra ele, una letra sencilla y trabajadora, con más de cuatro mil años de existencia, ya que su antecesora era la landa, la onцена letra griega, que es como la y, pero al revés.*

*¿Qué puedo yo hacer con esta letra, que no es la «ñ», que tiene múltiples enemigos, o la «f», que alguno la escribe «ph», por ejemplo Raphael, nuestro cantante comprovinciano, ni la «h» de la Elio Antonio de*

Nebrija, en su Gramática de la Lengua Castellana, dice que no es letra, sino señal de espíritu y soplo. La «b», sin embargo, la considera como semivocal.

Sobre la «b», en el Diccionario de Autoridades leemos: L. Duodécima letra de nuestro alfabeto, y novena entre las consonantes. Es letra semivocal, porque su pronunciación empieza por vocal. Algunas veces se liquida por antecederle letra muda: como la b, la c, la f, la g y la p: como bledo, claustro, fleco, gloria y plaza. Pronunciase comenzando en los dientes de abajo, y rematando con la lengua en el paladar. Es letra numeral, que valía cincuenta entre los antiguos; si se le ponía encima una raya, valía cincuenta mil.

La «b», me dije, no hay que apurarse. La miré con detenimiento y surgió la idea ¿cuantas clases de «b» existen?, veamos:

|                       |              |
|-----------------------|--------------|
| L. fina               | Ele-gante.   |
| L. alta               | Ele-vada.    |
| L. teatral            | Ele-ncó.     |
| L. democrática        | Ele-cciones. |
| L. que dá calambre    | Ele-ctrica.  |
| L. grande             | Ele-fante.   |
| L. sencilla o irreal  | Ele-mental.  |
| L. lírico-sentimental | Ele-gía.     |
| L. aceitera           | Ele-oténia.  |
| L. dudosa             | Ele-mento.   |

y, por último,

|                           |                                 |
|---------------------------|---------------------------------|
| L. flamenca y zandunguera | ¡Ele! Mi niño.                  |
|                           | ¡Ele! Que no se «pue» aguantar. |

Quedan algunas en el tintero, pues no está bien abusar, para que otros puedan ele-gir de las «eles» que quedan.



Y del mundo esotérico y tradicional de las letras, a otro mundo, que no es tal, sino planeta. Me refiero al planeta de los toros, en su relación con la palabra y el lenguaje.

El planeta de los toros está cuajado de elegancias, simbolismos y colores, el toreo se remonta milenariamente a la isla de Creta, donde TESEO con el hilo que le dió ARIADNA, hija de MINOS y PASÍFAE, que no era tal hilo, sino un capote de grana y oro, lidió y dió muerte al MINOTAURO,

cortando orejas y rabo y saliendo a hombros hasta el puerto donde embarcó, dejando dormida en la costa a ARIADNA que, al despertarse y ver tan lejos el barco donde iba su amante, cantando aquello de: «El vino en un barco / de nombre extranjero», se suicidó.



Y dejando a un lado las mitologías, nos vamos al toro, y, dentro de su entorno, al nombre tan poético que utilizan sastres y cronistas al hablar del traje de los diestros:

Iba vestido de:

|                         |                |
|-------------------------|----------------|
| Rosa pálido y azabache. | Tabaco y oro   |
| Inmaculada y plata.     | Manzana id.    |
| Verde botella y oro.    | Teja id.       |
| Nazareno id.            | Lila id.       |
| Canela id.              | Gris perla id. |
| Azul pavo id.           | Fucsia id.     |
| Burdeos id.             | Salmón id.     |
| Fresa id.               | Caña id.       |
| Berenjena id.           | Verde oliva.   |

Así, un arco iris hermosísimo y extenso, al cual nosotros ponemos fin, pero continuamos en el planeta. Y ahora para hablar de las plazas de toros y como acomodáramos en ellas a los espectadores: en «barrera» a los ferroviarios. A los perezosos, maltrabaja y holgazanes en «tendidos». A los que, por desgracia, van sobre sillas de ruedas, en «andanada». A los políticos, fulleros y mafiosos del dinero negro, en «sombra». En el «anillo», a los orfebres y joyeros y, por último, en el «callejón» a los chorizos, navajeros y maleantes en general. Y aceleramos nuestra cápsula fantasmagórica y abandonamos a toda elipse este maravilloso planeta.



Y seguimos nuestro camino para, Dios sea alabado, como diría el «Ingenioso Hidalgo» manchego: «Sancho, con la Iglesia hemos topado». Soy católico, apostólico y tucitano. Los de Tuci, por ser ésta colonia del imperio, nos podemos considerar romanos. Como el asunto que traemos a cuento se basa en la palabra, del mal uso que hacen de ellas los encargados del rito. Olvidando el famoso «memorial», que ya lo hicieron académicos, filólogos y lingüistas, por su mala aplicación, ya que memorial significa, según el DRAE: «Libro o cuaderno en que se apunta o anota una cosa para un

*fin*». Pero que, a mí, esto no me merma mi fe. Ahora bien, lo que me trae de cabeza es la permuta de dos vocablos que, en una época donde el analfabetismo está casi desterrado y surgen las universidades como los jaramagos en primavera, nadie los escucharía equivocadamente. Estos son: «bienaventurado» por «dichoso». Bienaventurado: «dichoso, feliz». Dichoso: «feliz». Es decir, significan lo mismo, pero no es lo mismo decir en clase de catecismo: las bienaventuranzas son ocho. O las «dichosanzas» son ocho. No tiene importancia la otra palabra que, ya en misales y en algunos templos, en letras rojas de gran tamaño es: «...y acampó entre nosotros». Acampar (del latín *accampare*) intr. «Detenerse o permanecer en despoblado, alojándose o no en tiendas o barracas». Cristo no acampó entre nosotros, habitó entre nosotros. Habitar: vivir, morar. VIVIR: tener vida o habitar o morar en un lugar o país. Lorca, José Antonio, Miguel Hernández, Gustavo Adolfo Bécquer, que murieron a temprana edad, no acamparon, sino que vivieron entre nosotros.

Dicho esto, sin ánimo de censurar a la Santa Madre Iglesia, faltaría más, sólo con un ejercicio palabrero de paso, seguimos en el mismo sendero para hablar. Ahora, con los debidos respetos, de la misa, desde el punto de vista humano, que no de la más grandiosa ceremonia de nuestra fe.

En mi largo peregrinar por templos parroquiales, para cumplir con el precepto dominical o para asistir a alguna festividad o exequias por los que nos dejaron, he observado lo siguiente:

Lo que aquí se dice, es de una manera desenfadada, sin ironía ni maldad, sólo de dientes para fuera. Me refiero a como clasifico yo las misas, por el comportamiento de los asistentes:

**MISA COMULGUERA:** en la que la mayoría de los asistentes, no sé por qué, comulgan.

**MISA INVISIBLE:** la que escucha el feligrés aprisionado por la muchedumbre detras de una columna, con lo cual no ve nada.

**MISA DE TRES CORRIENTES:** la de difuntos que, al decir el oficiante: «podeis ir en paz», por las tres calles del templo, el gentío avanza hacia los dolientes a dar el pésame, por lo cual se arma la marabunta, con sus correspondientes codazos y pisotones.

**MISA DE CHORREO:** Misa de exequias a la hora de cerrar los comercios, donde los asistentes van llegando poco a poco, según la hora de cierre de la tienda, oficina o almacén.

**MISA DE QUITA Y PON:** la muy concurrida el día de la fiesta, cuando alguien se levanta, ¡zas!



le quitan el sitio. Al volver el que se ausentó, disimula, por estar en recinto sagrado, echa un vistazo y, donde ve que alguien comete la misma imprudencia, ocupa su lugar, que descuidadamente fue abandonado.

**MISA DE SELVA Y BOSQUE:** las celebradas en días de mucho frío y las señoras acuden enfundadas en sus pieles. Entonces, al entrar, parece que estamos en la selva o en el bosque, antes de que existieran depredadores.

**MISA VISTA Y NO VISTA:** las de funeral, cuando se celebran dos a la misma hora, en distintas parroquias. El feligrés llega corre que te corre, se cuela en la cola, dá el pésame, y, volando, camina hacia la otra parroquia, cuando quedan diez o doce en la fila; como los dolientes están de espaldas, hace un pequeño sprin, dá el pésame y cumple con las dos familias.

**MISA PANORÁMICA:** las que, por ser de día señalado, caballeros y señoras se aderezan con sus mejores galas, y antes de sentarse, permanecen de pie disimuladamente oteando altares o luminarias, para exhibir peinados y vestimenta.

**MISA DE PASARELA:** la que, al quedar tres comulgantes, desde el último banco, de una manera premeditada, una señora con un precioso abrigo de piel de leopardo, despacio y contoneándose, tan despacio, que el monaguillo da un tirón de la casulla al sacerdote, que ya iniciaba el camino del altar, el cual humildemente espera a tan lenta feligresa.

Dejo algunas para otra ocasión. Como habrán podido observar, todo es pecata minuta, hablar por no estar callado, o morder, sin abrir la boca.



Y volvemos a la palabra. Tengo en mi fichero recogidas una gran cantidad de palabras, a las que suelo dar un nuevo significado. Es decir, palabras ambivalentes, por ejemplo:

**DAMASCO:** señora tan sucia, que espanta.

**NICOTINA:** los hijos de mi vecino, Nicolás y Valentina.

**ORFEO:** músico tan feo, que hace los mandados de noche.

**ORFEÓN:** reunión de músicos de la misma calaña o más.

**BÁCULO:** señora gordísima, que, al pasar, un chusmeta exclama: «¡Va-culo ¡Va-culo!».

*BÚFALO: fantasma con pene al aire.*

*MACABRA: chica llamada Mari, a la que familiarmente le dicen «Ma», y está como una chota.*

*ALARIFE: palabra árabe, que significa nuestro dios sortea sus bienes entre los creyentes que levantan nuestras casas.*

*ALPARGATA: dos gatas juntas en un tejado.*

*DISIMULA: la chica casada a la fuerza, que tarda en contestar a la pregunta del oficiante, y a la que el novio reitera, dándole un codazo: «¡dí sí, mula!».*

*SALIVAJO (con perdón): vicio de dicción, cuyo significado real es: “si sales bajo”.*

*SERENATA: promesa de la novia, deseosa de contraer matrimonio, a su reacio pretendiente: «para tí, seré nata».*

*ENAGUA: «Ha dicho el médico que vaya a un balneario, para tomar las aguas». Pues creo que vamos a cambiar, dice el marido. ¿De acuífero?, pregunta la mujer. No de médico.*

*TETERA: deliciosa prenda interior, donde las mujeres que están criando guardan sus generosas fuentes de vida.*

*AMADEO: niño mal educado, que, todo el día, tiene el dedo pulgar en la boca.*

*PEREZOSO: un señor que vive en mi calle, que se llama Pérez y es más feo que un plantígrado Yogui.*

*PEZUÑA: tendero del mercado, que es un besugo, y, al menor descuido te hinca la uña en la cuenta.*

*TOCADOR: elemento que se halla en procesiones y acontecimientos multitudinarios, para toquetear a las damas.*

*MARIPOSA: modelo de pintor, un tanto holgazana, a la que el artista esta a todas horas llamándola: «¡Mary, posa!».*

*ARTESANO: obra de un pintor vasco que pinta, a cielo raso, pinos.*

*OPACO: expresión de la esposa al marido, que le regala una media caña de oro: «¡Oh, Francisco!».*

*AZULEJOS: preciosa pieza de cerámica, que significa «cielo».*

*SALPICÓN: madrugada calurosa del mes de julio, y un hombre desesperado con una zapatilla en la mano, increpando a un mosquito que anda escondido detrás de un cuadro: «¡Sal, picón!».*

*ESCUADRA: antiguo habitáculo con pesebres, donde permanecían las acémilas, hoy convertida en cochera.*

*CARTABÓN: misiva empleada por los terroristas.*

*DIAMANTE: el día de los enamorados.*

*TIMÓN: acto de arrear con los millones, dejando a los pobres estafados con tres cuartas de narices.*

*POLVORÓN: Pi, pi, pi, pi, pi.*

*ESTOCOLMO: frase de los vecinos de la movida cuando se asoman a la ventana: «esto-colmo».*

*APOLLADURA: medio de alcanzar el título de vedette, la corista más guapa de la segunda fila del conjunto.*

*ALACENA: Dios come con nosotros.*

*ALEGATO: largo, minito.*

*TRASTORNO: cuando el torno conventual estaba muy engrasado y el comprador de dulces se veía negro en coger la mercancía, pues siempre quedaba del otro lado.*

*CORNUCOPIA: espejo de marco muy rococó, donde no deben asomarse los maridos, por si acaso.*

*RECREO: Re confesión de fe.*

*DISPUTA: trifulca entre dos meretrices.*

*ALBAÑIL: madrugada azul.*

*Dejo en mi cartapacio algunas de estas gemas del lenguaje, para no resultar reiterativo y paso al colofón o epílogo de mi parlamento.*



*Dedicado al investigador en temas semíticos, hebreos y sefarditas,  
Luis Coronas Tejada.*

*ARAMEO. Idioma que surgió en Bel Nemra, cerca del río Jordán y el mar Muerto. El imperio romano que era la potencia dominadora, decidió entregar un arado, claro está, romano, fabricado en Turín, a todos los que tuvieran un trozo de tierra, no importaba la cantidad, y un asno. A Jacobo le dieron un «peacillo» junto a una huerta cuyo amo se llamaba Isaac. Jacobo no sabía qué hacer con el arado, pues tenía tierra y asno, pero le faltaba dinero para comprar semillas, comenzó a*

escarbar con una pequeña azada y tuvo la suerte de encontrarse dos denarios de plata, fue a su casa escondió uno bajo la tierra, que por tanto saca petróleo, y, con el otro, compró semilla y le sobraron tres ases, si hubieran sido cuatro, poker. Pero nuestro buen hombre se fue a arar sus tierras, hacía calor, a pesar de ser el mes de noviembre, y le dió gana de orinar. Pero he aquí, que no podía dejar el arado, pues el asno que estaba hambriento, se metería en la huerta de su vecino, así que se remangó la túnica hasta media pierna y fue haciendo su necesidad, mientras araba. Lo vió su vecino Isaac y, en una extraña algarabía le preguntó: Jacó, contento?

En cierta casión, le preguntaba al maestro: ¿Por qué le decían a las habichuelas alubias o fabes asturianas o de El Barco de Ávila, judías?. Luis me contestó que nunca topó en sus estudios con la mi curiosa pregunta.

Pues bien, hace unos días, consultado el Diccionario de Autoridades, Edición Facsimil, publicado reimpresso por la Editorial Gredos, en 1990, en el tomo 3.º, pag. 324, leo:

JUDÍA. s. f. - Especie de arveja o habilla, que Covarrubias quiere haberse llamado así, porque saltan cuando las echan en agua hirviendo. Es decir, como las hebreas, en los procesos inquisitoriales.

Lat. Phabeolus maior. Faba minor. PRAGMÁTICA DE TASAS. Año 1680, folio 50. La libra de judías secas a seis cuartos. El cuarto especie de moneda de cobre que corría y pasaba en Castilla, en 1680, valía cuatro maravedís. Así que la libra, de 16 onzas, costaba cuando el maravedí valía la trigesima cuarta parte de un real... Como habrán oído esto es más difícil que la jerigonza de los euros.

Y no teniendo más que decir, el autor pone el FINIS CORONAT OPUS.

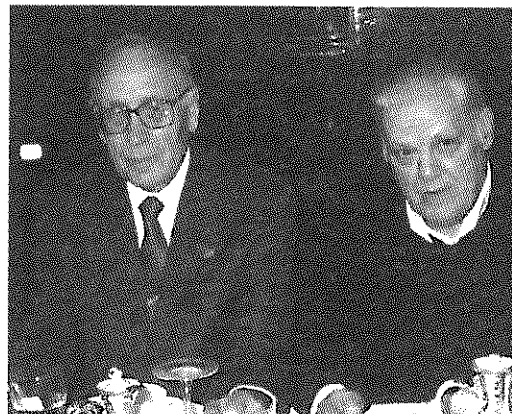


Luis Berges y Mª Isabel Sancho



Rufino Almansa, Pedro Casañas y Manuel Kayser

Cuando Miguel Calvo Morillo acabó su plática, estábamos boquiabiertos, pues hacía mucho tiempo que no oíamos una comunicación en la que se tocaran tan variados temas y de forma tan distendida, pero además, nunca esperábamos que, partiendo de una base tan seria y de tanta autoridad como son los diccionarios, pudiera nuestro amigo, hilando, hilando, sacar tantos cabos y enlazarlos luego tan artificiosamente, que dieran como resultado semejantes productos.



Luis Coronas y José Casañas

Fue esta la última intervención y aquí termina también mi actuación como cronista de esta cena, si bien, en las páginas siguientes a este relato, en la «Addenda», encontrareis las aportaciones de muchos cofrades que se quedaron preparados; pero corrían las dos de la madrugada, hora señalada de antemano para dar fin a esta Cena Jocosa del año de gracia 2001. Sonó la campanilla, había llegado el momento de la despedida, el Prioste agradeció nuestra asistencia a la cena, expresó su sentimiento por la separación y nos deseó un feliz retorno a nuestros hogares, no sin antes recordarnos que, en el próximo año 2002, se cumplen veinticinco de la memorable CENA JOCOSA que, en la noche del 25 de noviembre de 1978, festividad de Santa Catalina de Alejandría, Patrona de Jaén «*dió la Ilustre y devota Confraternidad de los Amigos de San Antón, para honrar a ciertos hidalgos, en los Reales Alcázares de esta Nobilísima Ciudad de Jaén.*»







# Addenda

a la Crónica de la Cena Jocosa del año 2001



De lo que por falta de tiempo no pudieron decir  
tres amigos de San Antón en el transcurso de esta Cena:  
Antonio Martos García, Juan Antonio López Cordero y  
Manuel López Pérez



## La silla baja

---

**ANTONIO MARTOS GARCÍA**

Amigos:

Después de las divagaciones «filosóficas» que os endilgué en la pasada cena, ni creo que vuestro ánimo esté para soportar más preámbulos ni el mío –avergonzado– para podéroslos ofrecer.

En consecuencia, y sin más dimes y diretes, doy comienzo a mi intervención del presente año.

Habéis de saber, hermanos de Confraternidad, que para muchos, la silla baja formó parte muy esencial en el discurrir de sus vidas, como trataré de dejar reflejado a lo largo de mi intervención –que espero no se os haga muy larga– no sin antes dejar constancia de que había dos clases de sillas bajas.

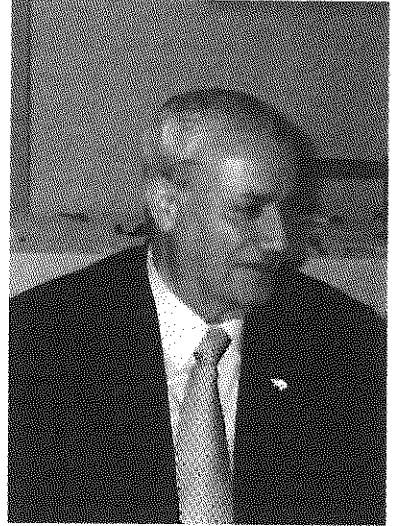
Aquellas que sin falsos pudores exhibían la blancura de la madera de chopo granadino de la que estaban hechas y otras, más pudendas, que la cubrían bajo espesa capa de apagada pintura.

En el primer caso y todos los sábados sin excepción, era fregoteada a conciencia por el procedimiento del enérgico frotar de un estropajo salido de destrenzada cuerda de esparto, el cual, convenientemente ahuecado, contenía sosa en polvo y un poco de arena de amarillento color.

A las otras, a las pintadas y también todos los sábados, después de recibir unos enérgicos socollazos con una rodilla para el polvo, se les pasaba un trapo con un poco de aceite para tratar de avivar su mortecino brillo, siendo después convenientemente resecaadas a fin de evitar que dejaran manchas en las ropas de los que las usaban.

En todos los casos, padecían de una leve cojera en una de sus patas posteriores. Nunca supe de una silla baja que por tal se tuviera, que no padeciera del señalado ¿defecto?

Para muchos, fue como una segunda cuna cuando los jóvenes y atareados brazos de la madre los depositaba sobre los añosos y candaños de huesosas manos de una valetudinaria abuela de ahilada figura y



luengos lutos que pastoreaba recuerdos al tiempo que, sentada sobre una silla baja, atemperaba sus helados huesos junto al rescoldo de la amplia chimenea.

este niño chiquito,  
que no tiene cuna.  
Su padre, q'eh carpintero,  
le «vacar» una.

salmodiaba la abuela por su despoblada boca al tiempo que ponía el ojo sobre el vaharoso caldo de un cocido contenido en una olla de entreabierta tapa.

Y es que había de estar pendiente para que, cuando hiciera la «seca» añadirle un chorreón de agua templada salida de una jarra de porcelana blanca algo desconchada que estaba junto al rescoldo, evitando, con tal proceder, que los garbanzos se «encallaran», cosa que podía suceder en el caso de añadirles agua fría.

Y aprovechando la leve cojera de la silla, balanceaba su frágil cuerpo imprimiéndole un adormecedor vaivén que dejaba traspuesta a la criatura y en la mayoría de los casos, a ella misma.

Refugio y acogimiento del tierno infante cuando, abandonado el aparatoso andador de mimbre y forma acampanada, emprendía la inédita aventura de poner a prueba el equilibrio de sus débiles e inseguras piernecillas, iniciando sus primeros y vacilantes pasos, que tenían como objetivo alcanzar la silla baja, por que estando asido a ella, se sentía más seguro.

A veces, tal vez rendido, dejaba caer su tronco sobre el regazo de enea, quedando en incómoda postura de duerme-vela hasta que alguien venía a rescatarlo, dejando marcada parte de su cara por las rayas del trenzado asiento.

Ya más crecido, fue su compañera de juegos al encabezar una hilera de sillas de mayor alzada y más altos respaldos que estaban ocupadas por vociferantes compañeros, simulando ser la desbocada máquina de un tren sólo visto en cromos y litografías y entrecido a causa de sus largos pitidos llegados desde la lejana estación en los días en los que la ceniza del brasero se pegaba a la paleta que lo movía y las cargadas nubes bajaban más abajo de las crestas de Jabalcuz para dejarse acariiciar su henchido vientre.

En tales días, los mayores, con la seguridad que da la fuerza de la costumbre, auguraba lluvia.

Aquel imaginario tren, comandado por la silla baja y ayudado por la fértil imaginación de sus ocupantes, daba cerradísimas curvas y emprendía veloces carreras, lo que se notaba en los epilépticos vaivenes que recibían los asientos por parte de la infantil grey.

Fue, por qué no decirlo, cómplice de pequeñas travesuras por que con su ayuda, alcanzaba a sitios que tenía prohibidos, causando algún que otro estropicio en juegos de vasos o platos que adornaban los aparadores.

Se sirvió de ella para, puestas las patas delanteras sobre el suelo y apoyando las rodillas en las traseras, alcanzar a dar con la punta de la nariz en los sumo del respaldo, creyendo entrever una chispita de admiración en los garzos ojos de aquella niña de pelo trigueño anudado en apretadas trenzas rematadas por lazos de vivos colores, quedando para el olvido las ocasiones –las más– en que el equilibrio fallaba y rodaban silla y malabarista por el suelo, con la consiguiente rechifla de compañeros de juego y el mohín despectivo de la mentada niña, que así es la humana condición.

Le ayudó, antes que nadie, a sentirse «grande» al comprobar que, sentado en ella, sus cortas piernas tocaban el suelo al igual que otras embutidas en recio remendado pantalón de pana, calzadas con abarcas y embarrados peales pertenecientes a su progenitor que, sentado en otra más alta y después de cenar, se daba un calentón cerca de la lumbre de alegre llama al par que, con aire caviloso y buscando un ascua que arri-mar al recién liado cigarro, rascaba con las tenazas de hierro el tronco de olivo del que se desprendían multitud de chispitas que, como fuegos de artificio, subían por la chimenea, teniendo el negro contrapunto de hollín adherido a la pared del lar.

Chimenea que en más de una ocasión le encogió el ánimo cuando en las noches ventosas metía el humo dentro de la espaciosa cocina, haciendo que sus ojos lagrimearan mientras que, asustado, sentía el retumbar del viento por el cañón de la mentada chimenea de la que se desprendían grandes plastas de negro hollín que chisporroteaban al caer sobre el fuego.

Más que asiento, trono de hábiles artesanos tales como canasteros o zapateros, capaces los primeros de hacer verdaderas obras de arte con la mimbre o de los segundos, que lo mismo arreglaban un par de zapatos echándole medias suelas, cómo hacían otros nuevos que, una vez estre-gados, quedaban como un guante.

Usadas por camiseras y pantaloneras que se desplazaban, en compañía de una niña aprendiz que portaba la silla baja donde había de sentarse la «maestra», viéndose sometido al engorro de tener que aban-

donar de vez en cuando el juego a requerimiento de la madre, para serles probados los pantalones o camisas que en su propia casa le andaban confeccionando, recibiendo un tanto avergonzado, las furtivas miradas de la aprendiz que, encaramada en silla alta, asentaba los pies sobre los palos delanteros al tiempo de aplicarse a la encomendada tarea de ir quitando hilvanes.

También eran usadas por las innumerables sastras que trabajaban en los muchos talleres de sastrería que por entonces existían y a los que de forma indefectible, había que acudir poco antes de Semana Santa y feria de octubre para tomarse medidas y probarse por dos o tres veces, el traje que para tan señaladas fechas se le estaba preparando. El primero de un tejido más liviano a la vista de la próxima estación y el segundo de más abrigo.

Y, con el natural sonrojo, intuía el cuchicheo de las sastras de más edad que, mirándole de soslayo, animaban a la aprendiz a que se fijara en un posible novio, mientras que el «maestro», algo más retirado, esbozaba una media y cómplice sonrisa al tiempo que iba poniendo a prueba la chaqueta.

Por entonces, apuntaba un ligero bozo sobre el labio superior y al decir de las madres, se estaba hecho un «mindón», que debía ser la edad comprendida entre el niño que podía vestir pantalón corto y el mozo que debería de hacerlo con pantalón largo, por lo que en consecuencia, se le confeccionaba un pantalón de los llamados bombachos.

Con la llegada de los días invernales, la mesa camilla aparecía cobijada por recio ropaje.

Eran tarde de largos silencios en las que las horas transcurrían mansamente y la silla baja ofrecía su acogedor asiento.

En ella, y pegado lo más posible al brasero, al que poco antes se le había echado un pellizco de alhucema, uno se entretenía leyendo algún «tebeo» o regocijándose con las aventuras de «Guillermo Bronw» o estudiando los deberes del próximo día que antes había de dar de «pe a pa» al progenitor, mientras que, afuera, el violento y largo soplo de viento zangoloteaba las porteras del balcón al tiempo que hacía estallar contra los envahados cristales gotas de lluvia que luego se deslizaban como mansas lágrimas.

Eran ocupadas por vigilantes madres en los días de estío en los que, entrecerradas puertas de calle y ventanas, se acogían al fresco de los penumbrosos portales en donde tramaban labores de aguja o ganchillo o bien, con ágiles dedos, confeccionaban preciosos encajes, sujetando



entre las rodillas una almohadilla que era apoyada contra la pared, o simplemente a palicar.

Desde ellas, atalayaban la posible fuga del revoltoso vástago al que se le había impuesto la obligación de dormir la siesta pero al que sus deseos le impedían irse a jugar a la próxima alameda o a emprender la siempre incitante aventura de ambular por la polvorienta y abollada carretera que le llevaría, pasado el lugar conocido como «Queibracántaros» y evitando las llamadas «revueltas» tomando un atajo –que más que atajo, era un despeñadero– al por entonces lejano Puente Jontoya.

Allí, los más atrevidos, completamente desnudos y otros, más pudibundos que se habían ocultado en el soto para darle la vuelta a los calzoncillos, ponían de forma gozosa sus cueros en remojo aprovechando los muchos «chilancos» que lo accidentado del terreno y la extracción de arena, iban dejando en el lecho del río.

Para tan calurosa travesía, asombraban las cabezas haciendo unos nudos en los picos de los pañuelos, lo que daba como resultado una especie de liviana boina que se volaba al menor soplo de viento y así, entre risas y pequeñas carreras, acortaban el camino.

Llegados los días finales de agosto y noviembre, y por mandato materno, se producía un desacostumbrado trasiego de infantiles portadores de sillas bajas.

Eran días de conserva o de matanza y había que echar una mano a la vecina que se había embarcado en tal menester.

Era, al decir de ellas, «palos prestados» o el «hoy por tí, mañana por mí» pero que tenía el sólido transfondo de lazos de amistad y buena vecindad.

Y como para tales menesteres, no había asiento mejor que la silla baja, de ahí que cada una de ellas usara la propia.

Ocupada por celosa madre que vigilaba el recién estrenado noviazgo por parte de su hija mocita a cuyo pretendiente, el padre, previa sofocante entrevista, le había concedido «la puerta» pero al que en las noches de invierno en las que el ventarrón soplabla a modo, se le dejaba sentar junto a la chimenea.

Y como la carne es débil, a veces ocurría que la vigilante madre se quedaba traspuesta por el sueño, del que despertaba de forma un tanto sobresaltada y para tratar de demostrar que esta ojo avizor, sacudía unos cuantos y violentos golpes con las tenazas de hierro sobre el tronco que se recostaba en la chimenea o sobre el empedrado lar, lo que traía consigo el encogimiento del novio y el despegue de la novia.

Disputada en las noches de verano cuando los vecinos, buscando la levedad de la brisa, se salían a las puertas de las casas, iniciando una tertulia y al tiempo que los hombres liaban de forma parsimoniosa un cigarro, las mujeres hablaban de sus cosas y los chiquillos correteaban por las calles del barrio haciendo toda clase de juegos o diabluras que su fértil imaginación y la edad les demandaba.

Era reservada con mimo la mocita para el novio, quien apoyando el respaldo contra la pared, se retrepaba cómodamente al tiempo de avizorar el entorno por si le era posible el dedicar alguna de sus pecadoras manos a furtivas caricias, que por aquellos entonces eran tiempos de escaseces y el alumbrado público no sólo era escaso si no que en la mayoría de las veces era nulo. Para hacer un chiste fácil: brillaba por su ausencia.

Usadas por hortelanos ya vencidos por la edad, que habían legado su escaso patrimonio a unos hijos con los que convivían.

Faltos de todo tipo de asistencia social, tanto por enfermedad como por jubilación, trataban de ayudar en lo posible al mantenimiento del acerbo común mediante la realización de faenas que estaban al alcance de sus cada vez más escasas fuerzas.

Y así, sentados en ellas, usaban de recio mazo de madera para machacar contra el escalón de piedra, hacecillos de esparto con los que poder trenzar interminables tiras de pleita para el remiendo de serones o bien sogas para ronzales de bestias o cuerdecillas para ser empleadas como atadura de sacos.

Hasta aquí, he tratado de plasmar lo mejor que he sabido, los recuerdos que por tanto tiempo mantuvieron unido a tan humilde como por entonces necesario enser, suponiendo que no serán sólo míos tales recuerdos y que muchos de vosotros hayáis tenido la suerte de encontrar en vuestra vida y desde la niñez, una silla baja.

Desgraciadamente y por diferentes causas, aquellas sillas bajas desaparecieron de nuestro entorno, dejando un vacío que ahora intento llenar con el poso de unos recuerdos unidos a ellas.

Su desaparición, tal vez merezca la pena de ser contada, pero eso sería otra historia.

Y como por hoy ya está bien y bien está lo que bien acaba, aún cuando sea añorando la existencia de aquellas sillas bajas que muchos, por suerte o por desgracia –que eso está por elucidar– no han conocido.

Antes de terminar, permitidme un inciso.

No quisiera dejar escapar la oportunidad que me brinda el presente acto, sin antes dar las gracias a Joaquín Ramírez Sáenz por el acogimiento que nos brindó en la pasada cena.

Allí donde los Amigos de San Antón celebraron sus eventos, recibieron el impagable regalo de una cálida hospitalidad por parte de sus anfitriones.

Justo es reconocerlo y aún más justo, agradecerlo.

Pero que uno de ellos, dando de lado a sus dolamas, permanezca junto a nosotros atento a que nada falte y sin perder la sonrisa, es algo que considero se ha de resaltar.

Gracias Joaquín por tu hospitalidad sin límites.

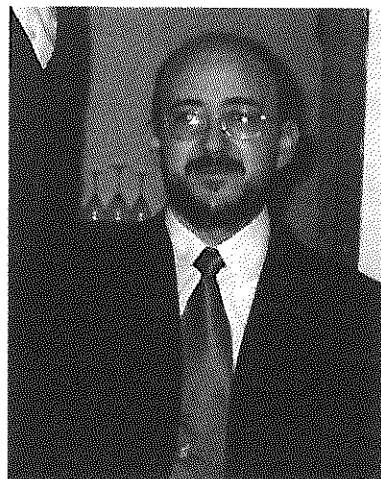
Y a vosotros, como siempre, muchas gracias por haberme sopor-  
tado.



## El juego de la pelota

JUAN A. LÓPEZ CORDERO

Había una calle, en Jaén llamada Juego de la Pelota, a la que las autoridades de turno –allá por la segunda mitad del siglo XIX– decidieron un día que había que cambiar el nombre, porque para ellos decía poco o nada. Y es que, por regla general, nuestros munícipes destacaron poco por sus conocimientos culturales, por lo que al igual que otras fue borrada del callejero, y la calle Juego de la Pelota le tocó llamarse Santa Ana –hoy Carrera de Jesús–, nombre más cristiano que el tradicional y de mala reputación de «juego». Más aún en una época en la que el Gobernador Civil de la provincia califica el juego como «plaga que se cierne sobre Jaén» y publica en el Boletín Oficial estas palabras:



El juego pretende tomar entre vosotros carta de naturaleza; pero vuestra Autoridad superior civil está resuelta a no faltar al sagrado deber que en punto tan esencial le incumbe y no parará mientes en el daño que haya de causar a determinados individuos para extinguir ese mal; que no es posible atajar la grangrena sin aplicar el cauterio y el ¡ay! que arranca acusa felizmente la eficacia del remedio.

La prohibición de determinados tipos de juegos en algunos momentos históricos estuvo motivada por los escándalos que en torno a ello ocurrían, sobre la base del orden público y, sobre todo, la moral; aspecto este último en que los predicadores eclesiásticos influyeron.

Los juegos deportivos, entendidos como aquellos en los que se realiza algún tipo de ejercicio físico, se realizaban en todos los lugares, muy vinculados también al azar, como cualquier juego, pero también a la vida diurna y a la relación humana. Ningún juego estaba exento de violencia. Carreras de caballos, pedestres, saltos,... formaban parte del mundo de ocio y festivo de la población. La crónica del Condestable Iranzo es prolija en descripción de fiestas en las que se daban este tipo de juegos, como corridas de toros y cañas, que continuaban realizándose a lo largo del tiempo.

Entre los juegos deportivos, uno de los más característicos del Jaén tradicional era el juego de la pelota. En sus distintas variantes,

siempre ha estado muy unido al hombre en diferentes civilizaciones, pues juegos de pelota realizaban mayas, egipcios, japoneses,... y hasta nosotros llegó a través de la civilización grecolatina. A partir del siglo XVI, como en Francia y otros países, fue de los más practicados en España. Calderón de la Barca escribe al respecto la *Faresa famosa del juego de pelota* y Goya pinta el conocido *Juego de la pelota a pala*.

Las limitaciones, multas y prohibiciones junto con la aparición de nuevos entretenimientos hacen que el juego de pelota vaya disminuyendo poco a poco hasta desaparecer de Cataluña, Castilla, Aragón y las Baleares a lo largo de los siglos XVIII y XIX; excepto en el País Valenciano, que mantiene el juego del *trinquete*, y en el País Vasco donde en el siglo XIX el juego de la pelota deriva hacia el frontón, abandonado el juego cara a cara. Por otro lado, a mediados del siglo XIX los ingleses inventan el tenis a partir del juego de pelota e incorporan la raqueta, un instrumento derivado de la pala o la cesta que empleaban los franceses para proteger sumariamente manos. De su origen prácticamente sólo queda el sistema de puntuación.

En la provincia de Jaén, durante la Edad Moderna, el juego de la pelota estuvo muy difundido, y hasta la segunda mitad del siglo XIX generalizado por muchas poblaciones, como en Arjonilla, donde a finales del siglo XVIII se realizaba junto a la ermita de San Roque, lugar situado a las afueras de la población, también conocido como el Ejido. Anteriormente debió celebrarse en la calle conocida como Juego de la Pelota (posteriormente calle Lope de Vega), que existía en Arjonilla como en tantas otras poblaciones de la provincia. Las molestias que ocasionaba el concurso de gentes en este juego fue lo que motivó el traslado del mismo al Ejido, como nos relata Ildelfonso Rueda Jándula en la revista *Al pie de la Parroquia*, núm. 70. En Alcalá la Real, Jaén capital y otras poblaciones, la denominación de calle Juego de la Pelota indicaba la ubicación de este juego tradicional jugado a mano. Aunque no se conocen referencias a las reglas y técnicas del juego en la provincia de Jaén, debió ser similar a los que han perdurado en las calles del País Valenciano e Islas Canarias. Todavía se practicaba este juego en Jaén a mediados del siglo XIX, pero ya en la lonja de la Catedral, posiblemente en su derivación de frontón, diferente al juego cara a cara que se realizaba en la calle, que por sus características había de ser lo suficientemente larga y llana.

En las Islas Canarias también existen calles con la denominación del Juego de la Pelota y referencias a él desde 1616 (Lanzarote). Hoy día pervive en la Isla de Gran Canaria con el nombre de «Pelotamano». El nombre del deporte le viene porque se juega con la mano, única parte del

cuerpo con la que se puede golpear la pelota. El juego se desarrolla con la participación de dos equipos formados por cinco o seis jugadores por bando. Las partidas se celebran en una cancha de tierra de 60 a 70 metros de largo por 8 o 9 de ancho, dividida por una raya denominada falta, a 30 metros del bote y perpendicular. El número de jugadores por partido o equipo no es fijo, suele ser de cinco o seis por cada bando.

El encuentro comienza cuando un equipo saca la pelota desde el bote haciendo pasar de la falta arriba. Una vez que esté el primer bote en el suelo o antes de darlo, tendrá que ser devuelta por el equipo contrario. Si la pelota no es devuelta en las condiciones anteriormente expuestas, pueden ocurrir dos cosas, que sea falta o que sea raya. Es falta si la pelota pasa por detrás del último jugador y, si no es falta, es raya, que consiste en una marca que se hace cuando la pelota bota en el campo y sale fuera de él. Para evitar la monotonía del partido, existe cambio de posiciones en el bote. Esto ocurre cuando uno de los dos equipos tenga cuarenta y haya una raya o simplemente existan rayas. La pelota tiene un peso aproximado de 50 gramos y un diámetro de 44 a 45 mm., parecida a la usada en Valencia, denominada de «vaqueta», de proporciones similares, hecha de piel de toro, formada por ocho triángulos cosidos entre sí por la cara interna de manera que las costuras no se ven. Está rellena de borra de lana muy apretada, tiene un peso de unos 45 gramos y se hace a mano. Se tarda alrededor de 6 o 7 horas en hacerla.

El tanteo suele ir, como en el resto de los juegos de pelota, de 15, 30, 40 y 50, lo cual viene a significar chico. Cada cinco chicos es un «pajero». Todo ello se anota en una piedra marcador. La duración de los partidos no suele tener un tiempo fijo ya que suele ser acordado por los propios jugadores.

El discurrir del juego tenía en la sociedad tradicional –como en la actual– cierta dosis de violencia que se manifestaba en frecuentes enfrentamientos. Es el caso de la riña ocurrida en la población de Arjonilla en 1769. La riña acabó en una causa criminal ante el tribunal eclesiástico por haberse desarrollado en las lonjas de San Roque, recinto eclesiástico, de cuyo expediente recoge Ildefonso Rueda Jándula estas líneas:

[Testigo: D. Pedro Talero.-] Dijo que con el motibo de tener destinado los sujetos de distinción desta Villa un sitio extramuros de ella contiguo a la hermita de S. Roque para dibertirse con el juego de pelota y usar de él en los días que le parece estando dibirtiéndose en la tarde del día veinte y nueve de septiembre próximo pasado a presencia del testigo y a otras muchas personas D. Pedro Mariano clérigo tonsurado desta villa llegó el caso de que el susodicho y los compañeros de su partido pidiesen la pelota y un hijo de Juan Navarrete que pre-



senciaba el juego respondió buena es, y otros, y entonces D. Bernardo Ximénez dijo mala es y el D. Pedro Mariano le replicó diciendo pues buena la an dado, y defendiendo el D. Pedro la habían dado por buena dijo el D. Bernardo miente a que replicó el D. Pedro yo no miento que digo tanta verdad como qualquiera lebantose D. Bernardo a esta palabra diciendo que verdad a de decir él y yéndose hacia dicho D. Pedro aceleradamente, empezó a darle con la mano avierta golpes en los hombros cara, cabeza y donde quiera que le encontraba y últimamente le dió con el puño cerrado que de él le derribó en el poio dentro de dicha lonja ... el dicho sitio donde ocurrió lo expresado se a tenido y tiene por lugar sagrado...

El juego de la pelota terminó por desaparecer de las calles de las poblaciones giennenses y quedó como recuerdo el nombre como denominación de las calles donde se jugaba. Con el tiempo también desapareció de los callejeros, pero no de la memoria colectiva de nuestros archivos que, a pesar del olvido que también han venido otorgándole nuestros municipales, con el deterioro y pérdida consiguiente de valiosísima documentación, siguen atesorando la vida de cientos de miles de giennenses en la que se refleja sus actuaciones, trabajos, penas, alegrías, ritos y costumbres,... hasta sus juegos; como el tradicional y antiguo juego de la pelota, que aún puede recuperarse a través del estudio de la historia y la antropología, y la comparación con otros lugares donde el juego de la pelota ha perdurado, gracias a la protección que supieron concederle.



## Unas notas sobre la Casa-Palacio de los Vélez

**MANUEL LÓPEZ PÉREZ**

El origen de la Casa de los Vélez se fija en unas «casas principales» que a comienzos del siglo XVI edificó D. Alonso Vélez Anaya y Mendoza, veinticuatro de Jaén y su procurador en Cortes, hijo del famoso capitán García Ramírez de Jaén y D<sup>a</sup> Constanza Vélez de Mendoza, Cobijera Mayor de la reina D<sup>a</sup> Juana en tiempos de Enrique IV. Constituían un enorme edificio que configuraba una manzana exenta, a espaldas de la Iglesia Mayor. En su primitiva arquitectura, luego mejorada, debió haber vestigios tardo-góticos, según se desprende de la alusión que a ella hace el Deán Mazas en su «Retrato de Jaén», donde al hablar de las casas nobles hace referencia a «...la de los Vélez, hoy D. Fernando de Aranda, detrás de la Catedral, que en lo interior es gótica, pero la fachada es de mejor tiempo...».



La casa, como era usual en aquellos tiempos, quedó vinculada durante muchos años a un mayorazgo y en ella habitaron D. Alonso Vélez Anaya y Mendoza y su esposa D<sup>a</sup> Catalina Muñoz de Molina, luego su hijo D. Alonso Vélez de Mendoza y Anaya casado con D<sup>a</sup> María de Aranda y Medrano y después D. Alonso Vélez de Anaya y Mendoza (n. 1588) que en 1610 casó con su tía D<sup>a</sup> Catalina Vélez de Mendoza y Corbera. Esta dilatada posesión en manos de la misma familia fue la que dio origen al nombre popular del edificio, que empezó a conocerse como «Casa de los Vélez».

Cuando a raíz de los muchos ruegos realizados por el Concejo y el Obispo, la Compañía de Jesús envió a Jaén, en 21 de noviembre de 1611, a los P.P. Pedro de Urteaga y Juan Méndez y al hermano Alonso Ruiz para que iniciasen una misión que a la vez fuese germen para una posible fundación de casa de la Compañía en la ciudad, D. Alonso Vélez dio muestras de su generosidad y dado que a los jesuitas se les había asignado como templo adecuado para sus operaciones apostólicas la S.I. Catedral, luego de unos breves días de estancia en las casas del Licenciado D. Gerónimo Ramírez, D. Alonso Vélez «...desocupó unas casas principales suyas, de muy acomodada habitación, junto a la Catedral de

esta ciudad, donde se pasaron los padres, enviándoles algunas personas las alhajas y aderezos competentes para su morada y aún viniendo personas nobles y cristianas a componer la casa y aderezarla con sus mismas manos...». Y allí se forjó la fundación de la nueva casa de la Compañía de Jesús hasta que tuvo residencia propia.

Al marchar los jesuitas D. Alonso sometió el inmueble a una profunda remodelación que se llevó al efecto entre los años de 1629 y 1630. Con ella se quiso hacer ostentación de los privilegios y rango nobiliario de la familia, cercando el atrio o patizuelo de la entrada principal con el privilegiado muro almenado y timbrado la fachada con dos majestuosos escudos de armas que proclamaban los linajes, a cuyo efecto D. Alonso requirió el parecer y dictamen de D. Alonso López de Haro, uno de los más acreditados genealogistas de la Corte.

La fachada noble se dispuso alzándola sobre una bella logia o porche formada por tres arcadas de medio punto dispuestas sobre columnas de orden dórico y decoradas con círculos en las enjuntas. En la clave del arco central, un ángel sostiene una cartela donde consta la fecha de la obra: 1630.

Sobre una severa cornisa que corre a todo lo largo se extiende el primer cuerpo de fachada, abierto en tres amplios huecos defendidos con rejas de forja. En los vanos centrales, dispuestos sobre airoas ménsulas realzadas con triples volutas, hay dos magníficos escudos nobiliarios timbrados con cascos cimbrados orlados con bellos lambrequines. El escudo de la derecha compendia las armas de la varonía familiar: Guevara, Mendoza, Ramírez de Arellano y Anaya. El de la izquierda simboliza la rama materna, recogiendo las armas de Aranda, Muñoz y Molina.

Delimita esta planta otra pétreo cornisa que señala el segundo cuerpo de fachada, más reducido en altura, también con tres ventanas y rematado en airoso alero al gusto jaenés. Ante la entrada porticada se dispone un alegre patizuelo, en cuyo testero izquierdo se sitúa una bellísima fuente mural.

Después la casa fue a manos, ya en el siglo XVIII, del Conde de Sevilla la Nueva, vecino de Madrid. Por entonces (1754) la casa se componía de tres cuartos en bajo, tres cuartos principales, cocina, bodega y caballeriza, siendo su planta total de 20 x 28 varas castellanas. Como el Conde, pese a tener muchas propiedades en Jaén, residía habitualmente en Madrid, la casa la alquiló por 1500 reales a D. Agustín Marín de Biedma, Administrador General de la Renta del Tabaco. Luego fue a manos de D. Fernando de Aranda, de donde vino al Condado de Humanes. Ya en el siglo XIX el predio comenzó a subdividirse.

La zona noble, quedó configurando la «Casa de los Vélez». Sobre su costado y espaldas D. Rodrigo Eraso de Aranda y Salazar, Conde de Humanes (1790-1882) mandó alzar una casa de moderna factura con fachada a la hoy calle de Ramón y Cajal. La proyectó D. Manuel Padilla y Muñoz (1812-1882), maestro de obras por la Real Academia de San Fernando y uno de los arquitectos más considerados de su tiempo. Esta casa la tuvo luego D. José Biedma, el Marqués de Navasequilla y D. Luis Enrique Muñoz-Cobo. Sirvió, además, de Administrador de Correos y Fonda del Comercio y por último albergó el Colegio Oficial de Médicos. Junto a ella, también apoyado en la «Casa de los Vélez», se construyó un edificio de tres plantas destinado a viviendas «de renta», en cuyos bajos estuvo muchos años la popular «Farmacia del Sr. Suca».

La «Casa de los Vélez» estuvo habitada bastantes años por D. Manuel Suca Escalona (1866-1939), popular personaje que entre otros cargos ostentó la alcaldía de la capital en dos ocasiones (1904-1905) y (1907-1909) y presidente de la Diputación Provincial de Jaén (1919-1920).

La última etapa de la casa, ya mediados el siglo XX, estuvo repleta de anécdotas. En ella vivió –años de 1946-1947– la que fue única novia de Rafael Ortega y Sagrista...; en su patio y galería baja se rodaron algunas escenas de «Roberto el Diablo», una película rodada en 1956 bajo la dirección de Pedro Lazaga con guión de Antonio Guzmán Merino y producida por Hispamex Films... y todos los años, para el Viernes Santo, se hacía preciso desmontar su decimonónica cancela encristalada para reducir la angostura del callejón a fin de que pudiese pasar la procesión de N.P. Jesús.

Un plan de remodelación redactado en la década de los sesenta sitúa el «Palacio de los Vélez» en el epicentro de una agria polémica. Se pretende eliminar toda la manzana para ampliar la Plaza de San Francisco y dentro de tan novedoso proyecto, desmontar la fachada del Palacio, para reconstruirla, ahora en sentido contrario, dando frente a la plaza, albergando en ella una oficina de información turística. Las obras comenzaron con la apresurada demolición del edificio ocupado por el Colegio de Médicos. Pero al instante se frenaron dada la polémica desatada en la opinión pública, los recursos y alegaciones presentadas por los propietarios de los inmuebles y la intervención de la Dirección General del Patrimonio Histórico-Artístico. Con la loable intención de proteger el Palacio, en 5 de mayo de 1971 dieron comienzo obras de adaptación que dirigió el arquitecto D. Juan Palazuelos con un exiguo presupuesto de 914.250 pts con el fin de adaptar el inmueble para sede de la Delegación Provincial de Información y Turismo. Poco tiempo estuvieron allí sus dependencias, pues desechado un proyecto de adecuación de manzana

promovido por la dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, con proyecto de la arquitecto D<sup>a</sup> María Ángeles Hernández Rubio, el estado cada vez más precario del inmueble exigió su abandono.

Tras diversos intentos para lograr que alguna institución oficial o financiera se hiciera cargo de la restauración, en 1978 pasó a manos del Colegio Oficial de Arquitectos. Se presentó entonces un proyecto de reforma y ampliación original de D. Gonzalo Guardiola Aznar, que no fue aceptado por los organismos competentes, pues suponía una ruptura traumática con el entorno. Comenzaron así unas complicadas negociaciones que culminaron con otro proyecto, obra de Luis Carlos Mateo Peinado, hecho realidad en 1991 que fue inaugurado en 8 de febrero. Con él se conseguía que el viejo «Palacio de los Vélez» se salvara de la segura ruina y quedara integrado en un edificio funcional y vivo.

Y ahí sigue. Aceptado por unos. Criticado por otros. Elogiado por algunos. Pero perpetuando la historia de un Jaén ya muy lejano, el de los siglos XVI y XVII, del que fueron esforzados servidores los miembros de la noble familia de los Vélez.





## COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA  
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,  
EN LOS TALLERES DE CATENA 3, S. L. DE JAÉN,  
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 2002,  
FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA  
DE ALEJANDRÍA





25  
Noviembre  
2001